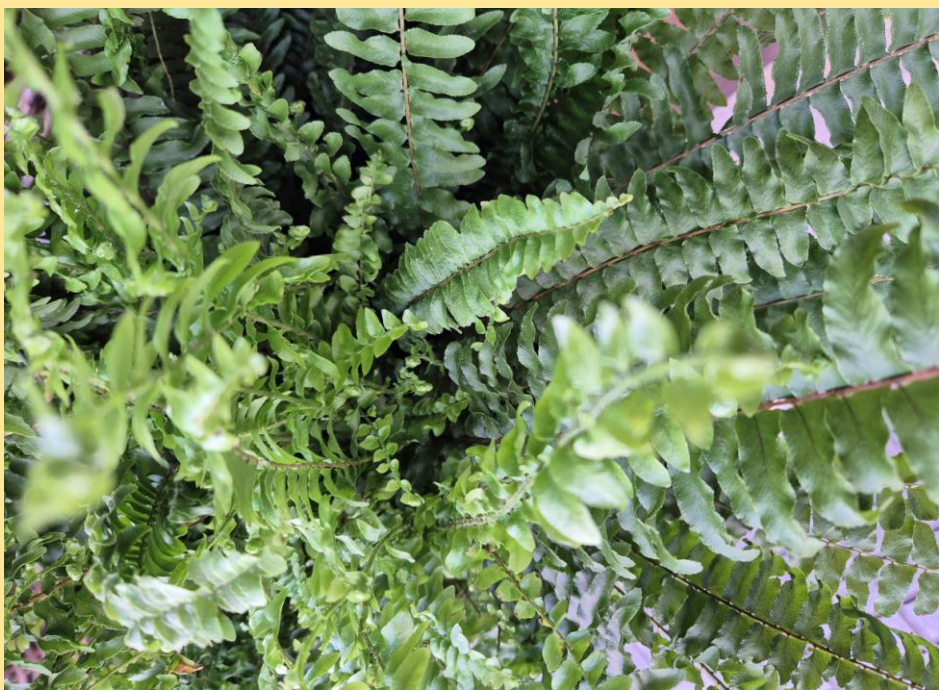


Joaquín Camps

**ADA
SIN HACHE**



ADA
SIN HACHE

Joaquín Camps Torres

Ada. Sin hacer.

Primera edición: 2021. Primera edición en Amazon: 2024. © Joaquín Camps

Fotografía de cubierta, diseño de cubierta y cubierta posterior: © Joaquín Camps

Fotografía del autor: © Manuel Gorrita

ISBN: 9798323645541

NOTA DEL AUTOR

Esta novela se desarrolla en multitud de localizaciones, unas inventadas, otras reales. Entre las primeras, el chalet frente al mar en Les Rotes que aparece al principio del libro. Entre las segundas, el Palau Verd, un hotel que también está en Denia y en el que me he alojado en más de una ocasión. Es un sitio muy agradable con una atención al cliente exquisita. Aunque el hotel he intentado describirlo con precisión, en este libro todos los personajes vinculados al Palau Verd son fruto de mi fantasía, al igual que las cosas que hacen y dicen. Lo mismo sucede con el restaurante Ca Nano, la terraza Helios o la oficina de empleo en Denia: utilizo el espacio físico, inventándome a los empleados, que se comportan como conviene a la trama de la novela.

Mención especial merece la Facultad de Economía de la Universidad de Valencia. Me incorporé como estudiante a esta institución con diecisiete años, para pasar, con veintiuno, a impartir clase en sus aulas. Y hasta ahora. Estoy muy orgulloso de trabajar en una universidad pública: no creo que exista un nivelador social más poderoso, y a la vez más humano. Pero como toda organización grande, compleja y longeva (tiene más de cinco siglos y casi cincuenta mil alumnos) la Universidad de Valencia es un crisol de luces y sombras. Quizás en las páginas de este libro el lector sienta que solo ve las sombras, pero una vez más, me remito a lo dicho más arriba: utilizo el espacio físico, inventándome a los empleados, que se comportan como conviene a la trama de la novela. Puedo asegurar que me siento un privilegiado teniendo como compañeros a los profesores, personal administrativo y de servicios de la Facultad de Economía de la Universidad de Valencia (incluyo aquí, faltaría más, al personal de limpieza, por desgracia muy poco valorado normalmente, razón por la cual me hacía ilusión darle un papel importante en *Ada. Sin hache*).

Aclaro todas estas cuestiones porque, aunque a veces no lo parezca, esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, quiero que quede claro. Y esta afirmación tan rotunda también abarca al personaje que cobra protagonismo a partir de la página 161 de la novela...

PRÓLOGO

Lo primero que olvidas del que ya no está, es su voz.

“Yo te sé”.

La suya casi ni la recuerdo.

“Yo te sé”.

Aquí en mi celda, de nuevo leo las enigmáticas seis letras que estoy convencida dejó escritas para mí. Con toda la intención. Él quería que yo las encontrase.

“Yo te sé”.

Si supiésemos las toneladas de soledad que ocupamos en la mente de algunas personas, si fuésemos conscientes de todo ese poder, quizás lo utilizaríamos de manera más prudente. Y más generosa. Personas que no hacen otra cosa que pensarnos.

“Yo te sé”.

Me hubiese encantado haberle escuchado estas seis letras, tal vez así su voz permanecería grabada en mi mente. Pero no, en el medio folio rasgado que ahora sostengo entre las manos, tumbada en mi litera tras las rejas, estas seis letras no me regalan su voz. Tan solo su caligrafía escueta.

“Yo te sé”.

¿Qué quería decirme? ¿Fue capaz de anticiparlo todo? ¿Incluso mi ingreso en esta cárcel? Y la pregunta más importante: ¿en qué piensa el saltador?

PRIMERA PARTE

*Para ver las cosas,
lo primero es mirarlas como si no tuviesen ningún sentido.*

Carlo Ginzburg
Intelectual italiano impulsor de la microhistoria

Toda adicción esconde un dolor no resuelto. En aquella época yo tenía tres: fumar, escribir y remar. Me refiero, por supuesto, a tres adicciones, no a tres dolores. De hecho, por aquel entonces no era consciente de ningún tipo de sufrimiento interior, pero el dolor, sin duda, estaba allí, dentro de mí, esperando su oportunidad. Casi todo el mundo cree que su vida es peor de lo que realmente es, pero a mí me pasaba justo lo contrario. No, no voy a decir que fuese feliz. Desconfío de la palabra felicidad. Prefiero hablar de plenitud.

Para una mujer como yo, con cierta tendencia contemplativa, amanecer cada mañana frente a la playa de La Concha era un verdadero regalo. La terraza de cuarenta metros cuadrados de nuestro espléndido piso burgués, nos permitía desayunar frente al Cantábrico en cuanto el buen tiempo hacía acto de presencia. Por aquel entonces yo estaba casada, con el mismo hombre con el que vuelvo a estarlo ahora, pero por un extraño cúmulo de circunstancias (algunas atribuibles a decisiones equivocadas que tomé, y otras, sencillamente, fruto del destino) los desayunos frente a la playa de La Concha se han acabado durante una larga temporada.

Esa brecha en mi matrimonio, que duró casi dos años, tal vez sea lo peor que me ha pasado en mi vida. O tal vez sea lo mejor que me ha pasado en mi vida. Me es difícil tener una opinión definitiva respecto a los múltiples acontecimientos que se sucedieron durante esos veinte meses, y me molesta especialmente el que esa opinión, como suele pasar, cambie cuando cambia mi estado de ánimo. Es como si una botella de licor hubiera reposado plácidamente durante años, hasta que un buen día y por sorpresa, un barman loco hubiese

vertido el licor en una coctelera junto con otros muchos ingredientes, para a continuación agitarla con furia. Cuando el coctel fue servido en la copa, volvió la calma, pero yo ya no era el mismo licor. Yo ya era otra cosa. ¿Mejor? ¿Peor? Supongo que debo dejar pasar más tiempo para que, poco a poco, la bebida repose y mi visión sobre lo acontecido alcance ese punto medio en el que, según dicen, está la virtud. Pero hay algo que aprendí durante esos meses, una lección que considero importante: para alcanzar ese punto medio lleno de virtud, primero debes visitar los extremos. Y justo ahí me hallo ahora, habitando en uno de los extremos. Concretamente, en la cárcel de Nanclares.

*

Empecé a remar cuando me viene a vivir a San Sebastián. Yo no conocía aquí a nadie aparte de a Iker, y un par de amigas suyas entrenaban con la trainera femenina del Arraun Lagunak. Pensamos que sería un buen modo de integrarme en la ciudad. Además, remar, remar mucho, fue la única manera que se me ocurrió para conseguir alejarme de la anorexia.

Siempre he sido bastante deportista, y entrenaba duro cinco tardes a la semana, con lo que no tardé en ponerme a la altura de mis compañeras de equipo. En vez de ir en coche hasta Martutene, salía del portal de casa y corría desde La Concha hasta el club por la ribera del Urumea, para coger más fondo cardiorrespiratorio. Tras el entrenamiento a veces me acercaba a casa alguna compañera, pero casi siempre prefería seguir machacándome y volvía corriendo hasta La Concha.

La transición no fue sencilla, con múltiples altibajos yo arrastraba la anorexia desde hacía diez años, y tenía inercias dentro de mí muy bien asentadas. Mucha gente no lo sabe, pero pasar hambre es una droga. Que engancha, que te hace sentir poderosa, porque sabes que al menos controlas una cosa: en ese pequeño reino sonámbulo mandas tú. *Hunger hurts, starving works.* Pero no quiero seguir hablando de mis problemas alimenticios, ni del origen de los mismos. No lo he hecho con nadie jamás, y no voy a empezar ahora. Al menos, de momento. A decir verdad, desde que le conozco, este es el único secreto importante que le he ocultado a mi marido. Sólo uno desde que nos

vimos por primera vez hace quince años. Iker sé a ciencia cierta que no podría decir lo mismo.

- Estás tú muy flaca, ¿no?

Esas fueron las primeras palabras que escuché de sus labios. Estábamos en el bar de la Facultad de Filología, en Valencia.

- ¿Cómo... dices?

Hasta que no me vine a vivir aquí, no entendí que los vascos intentan enamorar a sus mujeres con frases como esa.

- Que te veo en los huesos. Pareces una raspa.

- Sí, bueno... lo dices como si te molestase...

Se quedó mirándome con ojos de ballenero que afila el arpón.

- Todo lo contrario. Me encanta.

Aunque a primera vista parezcan torpes, no se lo montan mal los vascos a la hora de seducir. Esa tarde me enamoré de él como una tonta, y hasta ahora.

Mi segunda adicción, fumar, viene de más lejos, de los años del bachillerato. Marihuana, el hachís me sienta mal, y el tabaco a secas me sabe a poco. No es que fuese una de esas colgadas que se pasan el día con ojos vitriólicos y aire ausente, tan solo me liaba un cigarrillo antes de acostarme, a lo sumo dos. Me ayudaba a relajarme y así dormía como un lirón cada noche. Recuerdo esos atardeceres infinitos del verano, o el anochecer temprano del invierno, sentada junto a Iker en la terraza de casa. Rodeados por mis macetas de helechos. Una calada uno, una calada el otro, hasta que las brumas del mar empezaban a confundirse con las brumas interiores, exaltando artificialmente las emociones de un modo que aún me eriza la piel. Creo que nunca me he sentido más unida a mi marido que en esas puestas de sol.

Respecto a mi tercera adicción, es fácil de resumir: escribir es esa grieta a través de la cual observo el otro lado. Ese lado que no me suelta. Ese lado del que quiero escapar desde que era una niña, pero no me deja.

*

La única pareja sexual que había tenido en mi vida era Iker. Perdí la virginidad con él en la universidad, lo cual, en los tiempos que corren, es una rareza (yo soy una persona rara). Tardé mucho en decidirme a dar el paso, pero no me arrepiento: quería hacerlo estando

enamorada. Sin embargo, en los veinte meses que permanecí separada de mi marido, tuve tres amantes. Con dos de ellos fue sexo y poco más. El tercero, sin embargo, implicó cierta complicidad sentimental que, si bien no me atrevo a llamar amor, tampoco puedo decir que no dejará rastro en mí. De hecho, dejó tanto rastro que me condujo hasta esta celda.

Cuando Iker me preguntó si había estado con alguien durante nuestra separación, se lo conté todo. Como dije, nunca he querido esconderle nada, excepto lo de la anorexia. Percibí su malestar. No se mostró celoso ni posesivo, no es ese tipo de hombre. Además, teniendo en cuenta que había sido él quien me había dejado para irse con otra mujer, esa reacción hubiese resultado esperpéntica. Su desazón fue más sutil. Tan solo la noté en el tipo de melodías que estuvo componiendo en los primeros meses tras la reconciliación. El jazz no es una música esencialmente alegre, su encanto, más bien, creo que radica en la nostalgia de la alegría que evoca. Y mi marido es un genio consiguiendo ese efecto en sus composiciones. Sin embargo, su música durante esas semanas posteriores a nuestro reencuentro percibí que se llenó de algo diferente. En su jazz no había nostalgia de la alegría. Tampoco era arrepentimiento, no, era algo más complejo: en su música de aquellos días había nostalgia del arrepentimiento. A mi marido le pasaba como a ese personaje de Tabucchi que, aun deseándolo, era incapaz de sentirse culpable: sabía que había hecho lo que tenía que hacer. Estaba triste al no poder siquiera regalarme su culpabilidad. Quiero pensar que crear esa música diferente fue su manera de pedirme perdón.

*

Domingo, 9 de julio. No se me puede olvidar el día, llevábamos meses entrenando duro para esa regata. Por primera vez la trainera femenina del Arraun Lagunak Donostia tenía la oportunidad de clasificarse para competir en la Liga Euskotren. En un deporte tan masculino, queríamos a toda costa demostrar lo que valíamos. Bogaríamos en casa, eso nos daba la ventaja de un público entregado, pero también la responsabilidad de no decepcionarlos. Me levanté muy temprano y desayuné fuerte, iba a ser un día duro: tazón de Choco Krispies con leche entera, zumo de albaricoque y tres tostadas de serrano con tomate; para rematar, el último trozo que quedaba en

la nevera de la *pantxineta* que habíamos comprado el viernes en la pastelería Otaegui, al lado de casa. No está mal para una ex-anoréxica. Cuando salí de la cocina tras semejante apocalipsis, me encontré en el salón a Iker, sentado frente al piano. Amanecía.

- Buenos días, cariño - abracé su espalda y le di un beso en la coronilla -. Trasteando en la cocina te he despertado, ¿verdad?

- Que va. Prácticamente no he dormido en toda la noche.

Pulsaba una tecla aquí, otra allá. Distraído. Como si el piano fuese una extensión de su desorden interior. Lo mismo hacía el Cantábrico: su lomo plateado parecía la extensión natural de la reluciente tapa lacada del piano de cola.

- Hola, Iker - me senté a su lado como si fuésemos a tocar a cuatro manos - ¿Qué tal estás?

Es una broma entre nosotros. Una vez el gran Thelonious Monk, en pleno concierto, dejó de tocar el piano, se levantó, cruzó la sala entre el gentío anonadado mientras el resto de la banda seguía interpretando, y metió unas monedas en el teléfono público del local. “Hola, Nelly, ¿qué tal estás?”. Tras asegurarse de que su esposa se encontraba bien, volvió a su piano y prosiguió el concierto como si nada. Desde que Iker me contó esa anécdota, la primera vez que fuimos juntos a un concierto de jazz, había un pacto no escrito entre nosotros que nos obligaba a lanzar la pregunta cada vez que veíamos al otro taciturno, decaído, extraño.

- Hola, Iker, ¿qué tal estás?

Tampoco en este segundo intento conseguí que levantase la cabeza del teclado. Hemos hecho esa pregunta a nuestra pareja un millón de veces, pero quizás ni una sola de esas veces hicimos la pregunta en el momento adecuado. En un momento Thelonious Monk. En mi tercer intento, ese momento llegó. Justo cuando acababan de sonar las siete de la mañana en el reloj de pared del pasillo.

- Hola, Iker, ¿qué tal estás?

- Tenemos que hablar.

A continuación hubo una conversación breve, pacífica, pero intensa. Tras ella salí del piso y bajé a la playa. Caminé sobre la arena hasta el borde del mar, y solo entonces me di la vuelta para observar mi casa. Iker no estaba asomado al balcón, allí tan solo se veían mis helechos. ¿Haría en estos momentos por teléfono con su amante, diciéndole que al final se había atrevido a contarme la verdad? Seguro que ella se alegraría por dentro de su valor, pero por fuera sería lo

bastante inteligente como para consolarlo en esos momentos tan difíciles para él...

“¿Esto ha sucedido de verdad o es solo una pesadilla de la que despertaré en cualquier momento?”.

Ojalá antes de salir de casa me hubiese acordado de coger el cigarrillo de marihuana que siempre tengo preparado en el joyero que guardo en mi mesita de noche. Necesitaba fumar, necesitaba fumar como creo que jamás lo he necesitado en toda mi vida. Pero había salido de casa con lo puesto, ni siquiera había cogido las llaves. Zapatillas de deporte, mallas, camiseta, chaqueta de chándal con el enorme logotipo del club a la espalda. Menuda estampa. Pero si la conversación con mi marido me hubiese pillado vestida de rociera, habría salido así a la calle. Me calé la capucha para protegerme de la suave llovizna y metí las manos en los bolsillos de la chaqueta del chándal, mientras caminaba pensativa sobre la arena intentando que las olas no me mojasen.

“¿Qué demonios acaba de suceder...?”.

Me quedé mirando el trazado de la orilla, su silueta fronteriza, curva y perfecta. Una playa en realidad no existe. Es el mar el que le da forma, el que la hace ser: si el mar se retira, todo desaparece. La playa se transforma en un pedazo de tierra sin gracia. Justo eso acababa de hacer mi marido conmigo.

2.

Me gustaría decir que Iker fue el primer y único hombre del que me he enamorado en mi vida. Pero no fue así. Esta historia no va a tener la contundente reverberación de la exclusividad. En primero de carrera hubo un chico, su nombre carece de importancia. La cosa acabó fatal justo cuando yo ya había decidido que iba a perder la virginidad con él. Me costó mucho olvidarlo, segundo año de carrera fue horrible... pero en tercero yo llevaba ya una temporada sin pensar en el amor, estaba tranquila y centrada en mis estudios. Mi decisión era tan genuina, que hacía cuatro meses que no me depilaba. Pero la mayoría de cosas importantes en la vida se consiguen cuando dejas de pensar en ellas. Dormir, olvidar, una erección. Enamorarse.

- Estás tú muy flaca, ¿no?

Nos conocimos en Valencia. Iker compartía piso con otros tres estudiantes, en la avenida Blasco Ibáñez. Yo con mi familia. Bueno, a decir verdad, cuando le conocí ya sólo vivía con mi madre, pero esa es otra historia.

- Estás tú muy flaca, ¿no?

El amigo en común que acababa de presentarnos tuvo que salir justo después a la terraza del bar para responder a una llamada de móvil. Y lo primero que hace mi futuro marido al quedarse a solas conmigo es propinarme en la cara semejante sartenazo. Hay que ver lo dispuestas que estamos algunas mujeres a relativizar nuestra dignidad cuando el chico que tienes enfrente es lo suficientemente guapo.

- Vasco enamorado del jazz... una combinación extraña.

- No eres la primera que me lo dice. Pero en Donosti se organiza desde 1966 uno de los festivales de jazz con más tradición de Europa.

Hice como si supiera dónde estaba exactamente Donosti. Incluso ahora me sigo haciendo un lío entre la toponimia euskera y castellana.

- ¿Y te has venido a estudiar a Valencia?

- Casi nadie en tu ciudad lo sabe, pero aquí tenéis una de las mejores escuelas si te quieres dedicar al jazz.

Por aquel entonces yo nunca había vivido más de cinco semanas seguidas en ningún otro sitio, pero no sabría decir si Valencia era o no mi ciudad. Uno es de donde crecen sus hijos. Y si no tienes hijos, no eres de ninguna parte.

- Pues no, no lo sabía.

- La delegación de Valencia fue la primera que abrió fuera de Estados Unidos el Berklee College. La sede está en la Ciudad de las Artes y las Ciencias, seguro que has pasado por delante mil veces y ni te has fijado.

No me considero una mujer frívola, pero mientras Iker hablaba, recuerdo que observaba su semblante anguloso, y toda mi mente estaba concentrada en una pregunta: “¿Le pareceré guapa?”.

Tengo un rostro agradable que es como mi carácter: facciones suaves y calmadas. Pelo negro, lacio, sumiso. Todo eso lo heredé de papá. La delgadez extrema, sin embargo, es un regalito envenenado de mi madre. Me confiere cierto aire de inadaptada. Imprime personalidad a través de la contradicción, porque denota nervio, pero cuando se me conoce, te encuentras con una mujer muy serena.

- Nunca había oído hablar del Berklee College.

- Es una de las mejores escuelas de música del mundo. La fundó en Boston hace casi cien años Lawrence Berk.

“¿Le pareceré guapa? Seguro, no hay más que ver cómo me mira, y antes dijo que le encanta mi delgadez... Sí, decididamente los dos somos atractivos, cada uno a su manera. Él más hacia afuera, yo más hacia adentro”.

Esa idea me tranquilizó, porque las parejas, para durar, deben estar equilibradas. La belleza busca belleza, la fealdad busca consuelo. Es una pena, pero es así.

- Berk era ingeniero en el MIT, además de pianista profesional y un enamorado del jazz. Aunque hoy la veamos como una música intelectual y sofisticada, en esa época el jazz era considerado algo marginal, decadente y urbano. Como el trap actual, pero hace un

siglo. No había manera de formarse profesionalmente en ese estilo musical tan atrevido, y por eso Berk fundó la escuela...

Sus manos fuertes, que me recordaban más a un surfista que a un pianista, se emocionaban narrando lo que a todas luces era su pasión. Le dejé explicarse. Siempre me ha gustado más escuchar que hablar. Pero cuando digo algo, suele ser algo con significado:

- Dices que Lawrence Berk era ingeniero y músico... Elegir la Ciudad de las Artes y las Ciencias para la sede valenciana creo que ha sido todo un acierto, estoy segura de que al fundador de tu escuela le hubiese encantado la idea.

Sorpresa. La vi claramente en su rostro. ¿Reconocería que él nunca había caído en ese detalle, o sería el típico machito orgulloso incapaz de aceptar que una mujer pueda enseñarle algo?

- Es curioso eso que acabas de decir... - se quedó mirándome, en silencio, durante cinco o seis latidos interminables -. Siempre he sabido que me casaría con una mujer muy delgada, y más inteligente que yo.

En ese momento, en esa mirada, en esos latidos, entendí que un flechazo no es otra cosa que encontrar a alguien que sepa hablarte de ti. Sin que tú te des cuenta.

*

Con las manos metidas en los bolsillos de mi chaqueta de chándal, y la capucha calada, empecé a andar por la orilla, indiferente al chirimirí. Era julio, pero aquella tormenta de verano había refrescado el ambiente. Cuando me topé con el Pico del Loro, bordeé el peñasco por las escalinatas de roca y seguí caminando, siempre sobre la orilla. Ondarreta, al igual que La Concha, yacía desierta a esas horas tan tempranas. Quizás fuese porque me encontraba rodeada de arena, pero tenía la extraña sensación de llevar tierra en la sangre. Mis riñones no iban a ser capaces de filtrarla, tan solo mis ojos podrían, llorando, llorando mucho, pero me sentía incapaz de derramar una sola lágrima. Mi chándal estaba empapado de agua de lluvia, mis zapatillas estaban empapadas de agua de mar, pero yo estaba seca.

“Camíname...”.

Recuerdo mi mano izquierda agarrada a la cartera, mi mano derecha agarrada al teléfono móvil. Ambos objetos, desde el fondo de los bolsillos, me ofrecían algo de seguridad en medio del absoluto

desamparo que sentía. Pero era mi mirada, agarrada a la orilla, la que me mantenía erguida. La silueta de esa frontera, desplegada frente a mí, era mi único asidero.

“Camíname, tan solo haz eso, camíname...”.

Si dejaba de andar sobre la orilla, si interrumpía mis pasos, si dejaba de respuntar con mis pisadas ese costurón de arena y mar, sabía que me desplomaría para no volver a levantarme jamás.

“No dejes de caminar... Sabes lo que has de hacer, es muy simple: anda sobre mí, respira con calma, y deja que sangre”.

*

La gente no es mi fuerte. Soy una mujer misteriosa o aburrida, según desde donde se me piense. Tal vez por eso yo no tengo “amigas”. El plural es incorrecto, porque tan solo puedo considerar como tal a una persona: Teresa. Nos conocemos desde párvulos, es mi única amiga, amiga de verdad, me refiero. Como vive en Valencia no nos vemos (ella no puede venir aquí, está casada y tiene tres hijos pequeños; yo no quiero ir allí), razón por la cual desde hace años solo hablamos por teléfono, cosa que ha llegado a parecerme mucho más interesante que verla en persona. Interactuar con Teresa tan solo a través de la voz la ha convertido en algo muy parecido a eso que de niñas llamábamos “amiga imaginaria”. Como ninguna de las dos utilizamos redes sociales, ni somos aficionadas a los *selfies*, su rostro ya casi se ha desvanecido, lo cual vuelve mucho más pura la conexión. Hablar con ella es como hablar con mi conciencia, pero desde fuera. Cada vez estoy más convencida de que la cara de una persona condiciona demasiado la relación que tenemos con ella. Si el rostro de Iker no hubiese sido tan parecido al de papá, creo que mi vida habría sido muy diferente.

Hablo en pasado de mi marido no porque él haya cambiado, sino por lo mucho que he cambiado yo. Pienso en la chica que se vino a vivir a San Sebastián hace más de diez años, y tengo la sensación de que es otra persona. Iker, sin embargo, sigue siendo el mismo. Por aquel entonces éramos demasiado parecidos, estoy convencida de que eso acabó alejándonos. No sé qué poeta dijo que basta con enfrentar dos espejos para construir un laberinto. Por eso él se buscó a otra, porque se sintió atrapado y perdido en nuestra relación.

- ¿Tú qué estudias?

- Filología inglesa. Estoy en tercero.

- ¿Quieres ser profesora?

- Quiero ser escritora.

Acababan de presentármelo y ya le había confesado mi gran secreto. Un secreto que sólo conocía papá, que al estar muerto, transformaba a Iker en el depositario de un secreto absoluto.

- No se lo digas a nadie, por favor... me da mucha vergüenza.

- Tranquila. Sé a qué te refieres, yo quiero ser músico - le dio un trago a su cerveza y comprobé por primera vez que Iker se entristecía con toda la cara, lo cual me encantó - ¿Por qué los que nos dedicamos a la creación artística hablamos de ello con vergüenza? Confesamos nuestros sueños como si fuésemos delincuentes.

- Imaginar es peligroso... eso nos transforma en sospechosos.

Así fue como me enamoré de él. Cuando le conocí fue como si alguien, con mucha dulzura, hubiese puesto del derecho un libro que hasta el momento yo había estado leyendo del revés.

Por aquel entonces escribía todos los días. Siempre cuentos, relatos breves, me sentía todavía incapaz de abordar una novela. Mis referentes eran dos autores que había leído en su idioma original y que tenía muy claro serían los protagonistas de mi trabajo de fin de grado, que abordaría el curso próximo. Lo que no tenía tan claro es si algún profesor estaría dispuesto a dirigírmelo: J. R. R. Tolkien y Stephen King no son muy populares en los entornos académicos. Aún hoy sigo sin entender la razón, porque los dos se han hecho la pregunta más inteligente que jamás se ha hecho un escritor: ¿quién soy cuando escribo?

- ¿Me dejarías leer alguno de tus cuentos?

- ¿En serio... te apetece?

- Mucho, de verdad.

- No sé...

- Por favor.

Tan sólo parpadeó. Pero para mí fueron como dos jirones de viento aplastándose contra mi cara.

- De acuerdo. Pero solo si tú me dejas escuchar alguna de tus composiciones.

Ahora sé que escribía tanto porque no encontraba una manera mejor de esquivar mi silencio. Los libros han sido una especie de vocación superior con la que adornarme para no callar. Pero tras mis veinte meses sin Iker, ahora sé a ciencia cierta que las palabras pueden

llegar a imponer límites que te estrangulan. Si tu pareja no te entiende cuando callas, nunca lo hará cuando hables. La intimidad con el otro, y con uno mismo, solo llega a través del silencio. Por eso ya no escribo. Quizás no lo volveré a hacer jamás (que no te confunda esto que estás leyendo; la mayoría de las veces, nada es lo que parece...).

- Trato hecho - me tendió la mano para que se la estrechase, con una sonrisa en la boca -. Un cuento a cambio de una melodía.

La mía era una escritura luminosa, pero en el sentido en el que lo es una silla eléctrica (podría haber utilizado el adjetivo “chispeante” en lugar de “luminosa”, pero soy de las que piensan que un juego de palabras demasiado ingenioso puede acabar con un buen texto). No entraré en detalles sobre mi estilo literario, soy consciente de que la alta fantasía de Tolkien y el terror de King son géneros muy específicos, y describir la hibridación que yo intentaba en mis cuentos puede ser sumamente aburrido. Para explicar qué escribía recurriré al famoso refrán: una imagen vale más que mil palabras (parece mentira que esto lo diga una filóloga que una vez tuvo aspiraciones literarias). Si coges el *smartphone* que seguro tienes al lado, métete en Instagram y busca a Sara Amaktine. Algún día me gustaría conocer a esa mujer, y preguntarle de dónde brota su obra... Verás imágenes de muchas niñas, pero son siempre la misma niña. Y esa niña es siempre la protagonista de mis cuentos. Porque esa niña soy yo.

*

A veces el día más importante de tu vida empieza y a ti te pilla haciendo otra cosa. En mi caso, metiéndome entre pecho y espalda un tazón de Choco Krispies, un zumo de albaricoque, tres tostadas de serrano con tomate y un pedazo de *pantxineta*.

- Tenemos que hablar.

En mis oídos sonó a: “Sobran ya las palabras”. Me asusté.

- Claro, por supuesto... pero, ¿de qué quieres que hablemos?

Se quedó pensativo. Como si estuviese consultando la información con instancias más elevadas.

- No voy a poder seguir contigo.

Me miró con un rictus dramático. De película de cine mudo, cuando la falta de voz se suplía con unos ojos que te observaban como si esa fuese la última vez.

- ¿Qué quieres decir? No te entiendo.

- Quiero que nos separemos.

La frase atravesó mi cuerpo a toda velocidad, como un rayo atraviesa un cuerpo dejándolo calcinado. Tal vez por eso no reaccioné.

- Sé que no te lo esperabas, me siento un monstruo soltándote esto así, sin previo aviso...

En efecto, yo no había percibido ningún cambio en nuestra convivencia. Todo funcionaba como siempre, excepto una cosa: hacía dos meses que no hacíamos el amor. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?! ¿Cómo había relativizado algo tan importante?! ¿Cómo no había advertido que esa era una señal de peligro?! El sexo en una pareja es como el canario en la mina: si deja de cantar, algo anda mal.

- ¿Es porque no quiero tener hijos?

- No, ya sabes que yo tampoco quiero.

- Pero tú familia te presiona mucho en ese sentido...

- Mi familia no decide qué vida debo vivir.

Ambos sabíamos que esa afirmación no era tan cierta como a los dos nos hubiese gustado creer.

- ¿Hay otra mujer?

- Sí, lo siento.

- ¿Lleváis mucho tiempo... juntos?

- Tres meses.

No le pregunté quién era. Prefería no saberlo. El dolor que sentía era de esas cosas que pertenecen al reino de lo que no tiene principio. El reino de las cosas que siempre estuvieron ahí. No era un desconocido, cuando murió papá ya me había topado con él. Observando las teclas del piano, di gracias por haber estado casi veinte años sin volver a cruzarme con ese dolor.

- ¿Me dejas por ella?

- No, ella no tiene nada que ver - lo que había dicho era verdad; pero no era toda la verdad, por eso necesitó añadir algo más -. Ella me ha ayudado a tomar la decisión, pero lo hubiese hecho igualmente.

- Entonces, si no es por ella, ¿cuál es la razón?

- No es sencillo de explicar.

- Inténtalo, creo que me lo merezco.

Recuerdo observar fijamente sus ojos. Eran como sendos agujeros negros, y cada palabra que pronunciábamos, tras remolonear en el aire alrededor del horizonte de sucesos, era tragada por esa mirada.

- Cuando aún vivíamos en Valencia, una tarde me llevaste a conocer la torre del Miguelete, no sé si te...

- Sí, claro que lo recuerdo.

- ¿Y te acuerdas de qué hablamos?

- Por supuesto.

- Entonces...

No se atrevió a seguir. Temía hacerme daño. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Cómo no me había dado cuenta de nada? Me viene a la memoria esa tinta invisible con la que jugaba de niña, que al tirarle limón encima, permitía leer el texto sobre el papel. Sería maravilloso si pasase lo mismo con las personas: al pulverizar limón a su alrededor, deberían materializarse sus pensamientos.

- Creo que no vale la pena...

- Deja que eso lo decida yo, por favor.

- No quiero hacerte daño...

- Iker, dime la verdad. Podré soportarla.

Su mirada intentó averiguar si lo que yo acababa de decir era cierto. Pero no tuvo éxito. Soy una mujer de gatos, no de perros, porque su expresión facial es única. Solo tienen una cara. En ese sentido, tengo algo de gata, lo cual desconcierta a mi interlocutor, que no sabe muy bien a qué atenerse.

- No sé si...

- La verdad, por favor. Y no te preocupes, recuerdo muy bien la conversación en la azotea del Miguelete, creo que sé por dónde vas.

- Ya no te admiro.

Sentí que con esa frase mi marido fulminaba cualquier posible *después*. Cualquier posible *el tiempo dirá*. Para sumergirnos en un terrorífico *siempre*.

- Ya no me admiras...

- Eso es - agachó la mirada -. Lo siento.

El latigazo de dolor tiene la brevedad de un grito. Su irrelevancia. Tal vez los músicos como Iker deberían transcribir en una partitura los bramidos interiores de felicidad, pavor y dolor que soltamos a lo largo de una vida, para que no desaparezcan por siempre tras nuestra muerte.

- Sé que lo que te hago es muy cruel, pero asumiré mis responsabilidades, puedes quedarte con esta casa - abrió ampliamente los brazos, barriendo el aire -. Quiero que sea tuya... no dejo de pensar que no trabajas, y sin mí no podrás mantenerte, pero voy a...

Al Capone pidiendo disculpas por un retraso en el pago de la comunidad de vecinos.

- Olvídate de eso, ya me apañaré. Esta casa nos la regalaron tus padres cuando nos casamos, pero la escrituraron a tu nombre. Es tuya, yo no la quiero.

- Llegaremos a una solución...

Déjame los recuerdos. Si me quieres, al menos déjame los buenos recuerdos y cierra la boca. No intentes arreglar nada, no lo estropees todo aún más.

-... quiero que nos divorciemos haciendo las cosas bien.

- ¿Ya estás pensando... en el divorcio?

No me atreví a preguntárselo mirándole a los ojos. Lo hice contemplándole el lomo plateado al Cantábrico. Iker tan solo fue capaz de asentir con la cabeza. Ante el gesto, yo me di el permiso de no reaccionar. De quedarme impasible ante ese sufrimiento que me penetraba por todos y cada uno de mis orificios. No lloré, no grité, ni siquiera se me aceleró el pulso. Tan solo intenté ver ese gran dolor como algo ajeno a mí. Observarlo como si le estuviese pasando al personaje de una película.

A partir de ahí todo me viene a la mente de un modo confuso. Recuerdo entre brumas que Iker pronunció un “te quiero”, pero también recuerdo que lo dijo de un modo que a mí me sonó a despedida. Su voz reverberaba ligeramente. Emitía un tenue eco dentro de mi cabeza, como cuando los vecinos, al otro lado del tabique, están escuchando el mismo programa de radio que tú. Sé que la conversación siguió desarrollándose en el mismo tono pacífico y aséptico que tanto apreciamos los dos, pero en un momento dado me levanté, de modo brusco, sin despedirme. Empecé a caminar hacia la puerta de casa, pero al llegar a la mitad del salón me di la vuelta y miré hacia el piano.

Iker seguía sentado allí. Y yo también, a su lado.

Era como si una versión apagada de mi yo real, de colores atenuados, se hubiese quedado allí sentada. Esperando algo. Me pareció tan patético que le grité un pensamiento a esa calcomanía de mi ser: “¡Imbécil! ¡Ven aquí! Deja de hacer el ridículo, ¿es que no ves que no quiere nada contigo... conmigo?”. Obediente, la versión apagada de mi misma se elevó en el aire y trazando una parábola muy elegante se aposentó sobre mi cuerpo, acoplándose a la perfección. Nuestros contornos encajaron y las dos abandonamos la casa.

Conforme me acercaba al final de la playa de Ondarreta, recuerdo haberme sentido más preocupada por mi propia serenidad que por el dolor del abandono. ¿Por qué no lloraba? ¿Por qué no gritaba o me aporreaba el pecho? ¿Qué clase de persona era yo que, ante la pérdida, ante el dolor extremo, no reaccionaba? Las preguntas quedaban atrapadas en la bruma de la mañana, sin respuestas que les permitiesen disiparse. Tan solo tenía claras dos cosas. La primera: seguía locamente enamorada de mi marido, pero no iba a luchar por él. No movería ni un dedo por recuperarlo. Y no era cuestión de orgullo, ese sentimiento me es muy ajeno. Sencillamente sabía que hay cosas que, al perseguirlas, solo consigues que huyan más. La segunda: necesitaba seguir caminando. Por ello, cuando ya estaba a punto de toparme con las rocas, atravesé el arenal de la playa hasta alcanzar el paseo. Mi sensibilidad estaba tan agudizada, tan a flor de piel, que creí ser capaz de ver el viento, de escuchar el silencio.

- Funicular.

Sin saber muy bien lo que acababa de leer, como una autómatas, le hice caso a la destartalada señal y caminé siguiendo su dirección. Llevamos el infierno y el paraíso dentro. Esa mañana me había levantado dispuesta a ganar una regata, y ahora estaba aprendiendo a andar a través de las llamas. La acera, rodeada de casonas señoriales y vegetación, se iba empinando por segundos. Pero conforme más ascendía ella, más hundida me sentía yo. En ese momento aún no había entendido que por muy bajo que uno caiga, de un modo u otro, siempre acaba por amoldarse a su nueva situación. Debía aceptar mi dolor; no luchar contra él, pero sí hacer algo con él: observarlo,

admirarlo, intentar encontrar lo bello que se esconde en toda fealdad. Al final, el secreto siempre es resistir lo suficiente.

“¿Este no es el camino de...?”.

En un momento dado, por sorpresa, tomé conciencia de hacia dónde me dirigía: al faro del monte Igueldo (bueno, yo entonces no podía saberlo, pero con mi ascensión en realidad me dirigía hacia mi nueva vida). Como si el paisaje quisiese celebrarlo, a mi derecha desaparecieron de repente las casas para desplegarse, en primer término, el bosque, y tras él, la inmensidad del mar. Me atraen los faros, varios de mis cuentos transcurren en su interior. Y es que la vida da muchas vueltas, pero lo contrario también es cierto. Tal vez por eso me gustan tanto los faros.

*

- Tú escribes, pero tan solo consigues publicar en tu blog. Yo compongo, pero no soy capaz de vender ni una sola de mis melodías, ¿de qué narices vamos a vivir?

Sí, éramos una de esas parejas de recién casados que en Francia llaman “bobos”: *bourgeois bohème*. Teníamos muchas ínfulas artísticas, pero las facturas nos las pagaban la familia de Iker. Yo me había ofrecido a trabajar a media jornada de lo que fuese, cajera de supermercado o camarera en un bar, pero mi marido se negaba. Quería que me centrara en la literatura, confiaba plenamente en mí y en mi éxito (mucho más que yo misma, he de decir). También supongo que se habría sentido incómodo si servidora hubiese salido por la puerta todos los días a partirse el lomo en la calle por cuatro perras, mientras él se quedaba en casa componiendo jazz. El caso es que vivíamos como dos maharajás en un ático alquilado con vistas a los jardines del Turia, dedicándonos tan solo a lo que nos gustaba. La música y la literatura. Hasta que la vaca dejó de dar leche.

- Mi padre me ha dicho que quiere que me vuelva a San Sebastián para incorporarme al departamento de marketing de la empresa. Si no lo hago antes de dos meses me corta el grifo.

- Pero tú odias el negocio de tu familia, y el marketing te repele.

- Sí, pero algo tendremos que hacer para comer.

- Hace tiempo que me ronda una idea...

- Sorpréndeme.

- Los dos adoramos Japón, llevamos años soñando con irnos a vivir allí, ¿por qué no montamos un restaurante de comida española en Tokio?

Yo no tengo ni idea de cocinar. Iker no tiene ni idea de sacrificarse. Como dos buenos *bobos*, cinco semanas más tarde vivíamos en San Sebastián. Así de cerca estábamos del borde. Nunca entenderé por qué a los seres humanos nos encanta ponernos a jugar a la gallinita ciega al lado del acantilado.

*

Papá murió cuando yo tenía catorce años. Él siempre me aleccionaba sobre la importancia de comer sano, evitar la bollería industrial, las gominolas, los productos manufacturados. Cuando el cáncer de estómago se lo llevó, yo, en una especie de homenaje póstumo inconsciente, decidí comer pocas cosas, pero ricas. Calorías de calidad, las llamaba él. Con las personas me pasó lo mismo. Porciones pequeñas, bien elaboradas, todo fresco y natural... Pero se me fue de las manos: me volví anoréxica. Y aquí también me refiero a la comida y a las personas.

A pesar de no probar la repostería, era el ser más dulce que he conocido jamás. Doy mi vida por bien empleada tan solo por haber tenido la suerte de disfrutar de papá durante catorce años. Únicamente lo compartía con mi madre, no tengo hermanos. Y la verdad, tampoco debía compartirlo demasiado, su matrimonio nunca funcionó. Mis padres sobrevivieron sin saber que lo hacían, como esos naufragos que se despiertan en una orilla sin ser conscientes de todo lo que lucharon para llegar hasta allí en medio del huracán. Su amor incómodo, labrado con instinto y rabia, ahora me pregunto si era realmente amor. Pero no soy nadie para juzgar su relación, si yo hubiese sufrido lo que ellos tuvieron que afrontar, quien sabe en qué tipo de persona me hubiese convertido.

Cuando subo escaleras, si estoy sola, todavía cuento en voz alta cada uno de los escalones que voy ascendiendo. Es un juego que compartía con papá, él me lo enseñó cuando estaba aprendiendo los números en la escuela, quería ayudarme a contar. Cuarenta y tres, los escalones para llegar a nuestro segundo piso en la plaza Xùquer. Treinta, los escalones hasta la primera planta de la universidad vieja en la calle la Nave donde él trabajaba de conserje. Doscientos catorce,

los escalones que tienes que subir para alcanzar la azotea del Miguelete. Recuerdo estar en la cama, con la luz ya apagada, y notar el sabor inconfundible de la sangre en la boca cuando un diente amenazaba con caerse. Esos hilos de sal y hierro que tragabas con miedo, ese objeto que bailaba en la boca sin tener permiso para hacerlo, ese hueco antinatural que la lengua fisgoneaba.

- ¡Papá, me estoy desmontando por dentro!

- Claro, cariño, pero no te preocupes, lo que te pasa es estupendo. La niña que eres tiene que hacerse añicos para que pueda surgir la mujer que llevas en tu interior.

Esas imágenes en mi mente llevan prendidas algo que no sé si es la felicidad, pero se le parece mucho. Aunque visto con perspectiva, ahora sé que papá se equivocaba: esa niña, en efecto, acabó hecha añicos. Pero la mujer que se escondía dentro de mí nunca emergió del todo. Hasta que Iker me dejó, yo todavía no sentía ser la responsable de mi vida; me giraba constantemente buscando la aprobación de papá. Cuando el pobre murió tenía tan solo cuarenta y cinco años. Ahora estaría a punto de jubilarse, pero yo sigo viendo su cara exactamente igual que el día que nos despedimos en el hospital: el pasado nos contempla desde la fijeza. Su rostro, grabado en piedra, se ríe de cómo nosotros vamos envejeciendo.

- Ale, a dormir, que si el Ratoncito Pérez te ve despierta se irá sin dejarte un regalo.

Te fuiste en el momento en el que más te necesitaba... La adolescencia, la edad de la cartografía. Ese tiempo en el que fijaremos la escala de nuestro mapa sentimental. La escala que nos acompañará el resto de nuestra vida, ayudándonos a orientarnos o a extraviarnos.

*

Ya podía ver el faro, allí, en la cima de la montaña. Esperándome. Pero no era el único que me esperaba: el teléfono móvil echaba humo. Mis compañeras de trainera se estaban poniendo nerviosas al ver que no llegaba al club. No respondí ni a sus llamadas ni a sus wasaps. Tan solo seguí andando, cuesta arriba. Con cada curva del camino, el faro se acercaba más a mí, o yo me acercaba más al faro, no lo tenía muy claro. ¿Mi marido no podría haber elegido otro día para abandonarme? ¿Era necesario hacerlo justo antes de la regata que llevaba meses preparando? En dos semanas se celebraría el

jazzaldia, y si la situación hubiese sido a la inversa (cosa que se me hacía imposible imaginar), a mí ni se me hubiese pasado por la cabeza darle la patada justo antes de un evento tan importante para él... Pero ni siquiera así conseguí odiar a Iker. Soy de esas personas que cuando está conduciendo, si le pitan, siempre piensa que la culpa es suya. Mía.

Conforme ascendía, el sol me imitaba, calentando el aire. Me detuve a contemplar cómo iba disipando las nubes, dejando la atmósfera limpia y transparente. Al escuchar el canto de los pájaros, sus trinos se me representaron como un collar de perlas alrededor del cuello de una joven viuda, guapa pero enlutada.

- Señorita, ¿se encuentra usted bien?

Me giré, sobresaltada, para toparme con un coche de la *ertzaina*. ¿Sería la patrulla anti “mujeres abandonadas que cuando escuchan cantar a los pájaros se vuelven poetas cursis”? Estuve tentada de responderles que yo no era así, yo en realidad era una buena escritora, pero la tristeza y el dolor habían distorsionado mi sentido estético...

- Sí, perfectamente. Gracias.

En cuanto se perdieron de vista tras la curva reanudé mi ascenso. Sentía una soledad histórica, como esa que debe de sentir el último hablante de una lengua que morirá con él. Veinte minutos más tarde la carreterita, y yo con ella, alcanzó la base del faro. Miré el móvil, esperanzada, pero entre los montones de wasaps de mis compañeras de remo, no vi ninguno de Iker. ¿Por qué somos tan tontos como para creer que hay fuentes que no se secarán nunca? Me quité la chaqueta de chándal para anudármela a la cintura. Con los brazos en jarra dejé que el paisaje me inundara. El mar posee la gravedad del antiguo poder. Recuerda a contemplar el idioma de un imperio desaparecido. A procesionar en un desfile mesopotámico. Pero es un poder corrupto: le gusta robar. Sobre todo pensamientos. Mirando el mar, tu mente deja de pertenecerte. Por suerte.

Chicas, perdonadme. Hoy no podré remar, que me sustituya Lara. Ya os lo explicaré, mucha suerte.

Me duele fallarles, pero no tanto: en realidad no son amigas mías, son amigas de mi marido. Al principio incluso se confundían y me llamaban Nerea, que es como se llama la novia de Iker de toda la vida. Esa niña bien con la que su familia y toda Donosti pensaban que se casaría y tendría montones de hijos. Ser la sustituta parece ser el signo

de mi vida. ¿Es ella la otra? ¿Me habrá dejado por Nerea? Recuerdo que aparté ese pensamiento de mi mente, si cedía a la tentación de los celos me volvería loca.

Guardé el móvil y me tumbé sobre el murete que le hacía de quitamiedos a la carreterita. Pegué la espalda contra el cemento, sintiendo como mis paletillas pasaban a formar parte de la corteza terrestre. Sobre mí, y debajo de mí, la inmensa circunferencia del cielo y la inmensa circunferencia del mar, con el faro haciéndoles de punta del compás. Podría haberme zambullido en esos espacios infinitos, si no fuese porque en aquellos instantes me sentía tan unida a la Tierra que creí poder percibir su rotación a través de los nervios de mi espinazo.

Y entonces lo supe.

Fue como si de repente hubiese salido al escenario de mi propio teatro. Tras largos años entre bambalinas, al final el telón se había descorrido y yo hacia mi aparición ante mí misma: iba a seguir andando. Pero no de vuelta a San Sebastián. No. Seguiría caminando junto al mar. Costeando en busca del siguiente faro. No podía dejar de andar. No debía dejar de andar. Cuando un establo se incendia, la única manera de sacar a los caballos es taparles la cabeza con un saco. Si ven el fuego, se vuelven locos, y acaban calcinados. Eso justo estaba haciendo yo al caminar sin pensar en nada, sin planificar nada. Ponerme un saco en la cabeza para escapar del fuego.

Nos educan para conseguir cosas con las que poder subsistir. Más allá de ese logro, empieza la vida. En casa no había mucho dinero, pero a mí nunca me faltó de nada. O al menos así lo sentí yo. Mi madre era ama de casa, solo teníamos el sueldo de papá, y con el salario de un conserje vivíamos con lo necesario pero sin caprichos. De hecho, solo frecuenté buenos restaurantes y me alojé en hoteles de lujo cuando empecé a salir con Iker. Pero supongo que, al haberme criado en la austeridad, nunca me he sentido demasiado cómoda con esos placeres suntuosos que tanta gente añora. Creo que para disfrutar del dinero (disfrutar de verdad, sin conciencia de ello) tienes que haberlo tenido desde niña, y ese no es mi caso.

Papá se encargó de suplir sobradamente con su alegría cualquier necesidad material que yo hubiese podido echar en falta. Desde que tengo memoria, nos recuerdo conversando. Pero extrañamente, cuando mejor nos entendíamos era cuando permanecíamos callados. El silencio era para nosotros una especie de médium. Él jamás me habló como si yo fuese una niña (aunque a todas luces, lo era), y esa manera de dirigirse a mí a la gente le extrañaba. Nunca entenderé por qué tantos adultos, al hablarle a un niño, adoptan el tono de voz de un personaje de dibujos animados y empiezan a utilizar diminutivos. Papá ni siquiera lo hacía cuando cada noche improvisaba un cuento con el que augurarme felices sueños. Aún me parece estar viéndolo, sentado en el borde de mi cama. Tiene unos ojazos tan grandes que los párpados le cogen toda su cara. Y parte de la mía. Acabado el cuento, me da el beso de buenas noches, apaga la lámpara de la mesita y sale del cuarto. Entorna la puerta con cuidado, para que en la

oscuridad de mi habitación se desenvaine la raya de luz. Esa raya de luz que a modo de espada láser salvadora impide que ningún monstruo salga de debajo de la cama y se me lleve. Cuánto misterio en una raya de luz... Tras ella era donde los mayores seguían con sus vidas. ¿Quién necesitaba imaginar a Alicia en el País de las Maravillas, cuando los padres habitaban un mundo misterioso y desconocido? Añoraba arrancar instantes a ese país extranjero, unos minutos más de televisión, acabar el puzzle, vestir y desvestir por última vez a mi muñeca favorita... pero al final, ese mundo infranqueable siempre quedaba al otro lado de la raya de luz.

Dos años antes de la muerte de papá, cuando yo tenía tan solo doce, percibí un cambio en nuestro sencillo estilo de vida familiar. Al principio fueron detalles sin importancia: en el menú de casa empezó a aparecer el pescado fresco en vez del congelado; estar de compras con mi madre y, al ponerse a llover por sorpresa, en lugar del autobús cogemos un taxi, vehículo al que yo no había subido en mi vida; unas zapatillas de marca, más ropa en mi armario, ortodoncia en mis dientes.

- Cariño, desde esta tarde esta es nuestra casa.

Me lo anuncia con una sonrisa, durante la cena. Mi madre sigue tomando sopa, sin decir nada. Ella nunca dice nada.

- ¿Nuestra... casa? No te entiendo, papá, ¿esta no ha sido siempre nuestra casa?

- Sí, pero hasta ahora vivíamos alquilados. Esta tarde tu madre y yo, antes de ir a recogerte al colegio, hemos pasado por el notario y la hemos comprado.

Tardé mucho en averiguar qué cambio había acaecido en la economía familiar. Yo era demasiado pequeña para preguntar de dónde venía el dinero, y papá considero más oportuno no contármelo. Con mi madre nunca hablé de eso. Ni de eso ni de nada.

- Este verano los tres nos vamos de viaje.

Debió de ver en mis ojos tanta alegría que rompió a reír: nunca antes habíamos hecho un viaje más allá de a la casa de los abuelos en Cuenca.

- ¿Dónde, papi? ¿Dónde nos vamos de viaje?

- Te daré una pista: es tu país preferido.

- ¿A... nos vamos a ir a... - yo no podía creer lo que escuchaban mis oídos; lo que intuía tras su sonrisa - nos vamos a Japón?

Y así fue como se inició el viaje más maravilloso que he hecho jamás. Comparable tan solo con el que arrancó en el monte Igueldo, pero de otro tipo. Gracias a ese viaje el recuerdo que ha quedado en mi mente de papá no es solo entrañable, también es mágico. Nunca sabré si esa fue su manera de decirme adiós. Nunca sabré si fue tan solo un viaje familiar a Japón, o fue una despedida. Aunque bien pensado, no es demasiado importante: en todo viaje se está diciendo un poco adiós. Al otro. A ti mismo. O a ambos.

*

Yo ya había estado antes en el faro del monte Igueldo, pero nunca anduve hacia el oeste desde él. Caminaba dejándome orientar por mis sentidos, sin plantearme siquiera consultar el GoogleMaps: como no sabía dónde iba, no podía extraviarme. Cuando llegaba a un cruce de caminos siempre optaba por la senda más próxima al mar. No sabía lo que debía sentir, y ese sentimiento imponía su decisión. Sencillamente, me dejaba llevar y andaba.

“Habitaciones libres”.

De repente, a traición, sin previo aviso, pasando junto a un hotelito rural en medio de la nada, la parte más masoquista de mi cerebro (la misma que me proporcionaba placer cuando me negaba a comer) se activó: en mi mente apareció la imagen de mi marido en la cama con otra mujer. Ella por suerte no tenía rostro, pero sí unos pechos enormes. Me tuve que apoyar contra una roca y echar fuera todo el desayuno. Lástima de *pantxineta*... Siempre he pensado que en los espasmos del vomito es cuando más te acercas a la muerte. Cuando un ser vivo puede intuir mejor qué es desaparecer.

“¿Dónde lo hacían? ¿En un hotelito como este? ¿O en nuestra cama? ¿Estará con ella ahora?”.

Sé que no debo responder a esas preguntas, tan solo soportar la punzada de dolor; sin buscarle explicación, sin pensar, como cuando aprietas los ojos esperando el pinchazo del practicante. Pero la imagen de Iker entrelazando su cuerpo con el de esa mujer no se va de mi mente... La anatomía sigue siendo mi punto débil. Lo físico. Puedo soportar que mi marido se haya enamorado de otra, pero no quiero que la toque. En eso soy muy masculina. Para borrar de mi mente la dolorosa imagen, recreo otra, de hace unos pocos meses, y que acaba doliéndome aún más: Iker se acerca cuando estoy frente al

fregadero, enjuagando los cacharros; sin mediar palabra me agarra por detrás, soba los pechos, levanta la falda y me penetra muy hondo, hasta que eyacula como un animal. Ignorando mi placer, para proporcionármelo. A veces él parece saber mucho mejor que yo qué es lo que nos mantiene unidos.

“Teresa”.

Todavía con el regusto del vómito en la boca, leí el nombre de mi única amiga en la pantalla del móvil. No era posible que se hubiese enterado de lo sucedido, me llamaría tan solo para charlar. O para animarme antes de la regata. Y yo, sin embargo, tan solo con ver su nombre en la pantalla me desanimo aún más: ¿por qué no es Iker el que me llama? ¿No está preocupado por mí a pesar de que llevo fuera de casa más de dos horas? ¿No tiene miedo de que pueda hacer una barbaridad? Leí una vez que la mayor parte de los suicidios podrían evitarse si al suicida le obligaran a utilizar métodos más violentos. Por lo visto, al que se quiere matar, no le es indiferente la forma: casi todos se quieren matar siempre que puedan hacerlo de una manera cómoda, indolora, limpia... Los investigadores descubrieron esto cuando a mediados del siglo XX en Inglaterra se sustituyó el gas ciudad por gas natural. Conforme la red iba ampliándose, en los barrios y ciudades que utilizaban el nuevo combustible, sorprendentemente, disminuían los suicidios: el método más popular para matarse, meter la cabeza en el horno, ya no funcionaba. El gas natural no asfixia. Y los suicidas, aún más sorprendentemente, no buscaban alternativas. Si para matarse tenían que pegarse un tiro en la cabeza y dejar la cocina perdida, preferían no matarse. ¿Qué se debe de sentir justo en el instante previo a apretar el gatillo? Seguramente libertad: ya nada importa.

- Hola, ¿qué tal?

- Muy bien. Perdona por no llamarte en toda la semana, pero los niños me llevan loca. ¿Cómo va todo?

- Mal.

- ¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

- Hace dos horas Iker me ha dejado.

- Vaya... ¿Así, sin más?

- Dice que ya no me admira. Y se ha buscado a otra.

Sé que Teresa no va a montar un numerito. Ni empezará a ametrallar a mi marido creyendo que así me ayuda. Por eso es mi mejor amiga. Mi única amiga.

- ¿Tú cómo estás?
- Muy confundida, tengo sensaciones contradictorias.
- Supongo que es normal. Está todo muy tierno aún.
- Supongo que sí...
- ¿Qué es lo que choca dentro de ti?

- Por un lado... - las palabras querían salir, pero a la vez, no era fácil encontrarlas - por un lado me siento desvalijada, lo he dado todo, me he vaciado en la relación, y a cambio... Pero por otro lado, nunca he experimentado una mayor sensación de saciedad. De estar llena. De ser alguien.

La conversación prosiguió durante unos minutos más. Cuando colgué, me quedé contemplando el paisaje que se desplegaba ante mí. El viento había dejado de soplar, por lo que el mar también calló. Las hojas del bosque detuvieron su rumor. Y entonces lo sentí por primera vez en mi vida: la cadencia. Ese silencio pertenecía a la materia constituyente. A esa que nos hace. Pertenecía al universo de lo que está, pero no puede pronunciarse.

Reemprendí la marcha más convencida que nunca de hacer lo correcto. Estaba sola, pero el silencio me acompañaba. Y sentía que de algún modo me sanaba, como un ungüento que refresca una herida. Y es que el silencio no se había limitado a envolverme. El silencio había entrado dentro de mí, en una especie de posesión demoníaca o divina, en esos instantes iniciales de confusión no lo tenía muy claro. Pero por primera vez podía sentirlo bajo mi piel; no me rodeaba, formaba parte de mí. Y su efecto al entrar en el interior me recordaba al efecto que las espinacas producen al entrar en Popeye: no solo me sentía más fuerte, sino que mi cuerpo irradiaba fuerza. Resplandecía, como si un aura le protegiese (sé que al compararme con Popeye anulo todo el misticismo del momento, pero no encuentro un símil más apropiado para la epifanía que viví en aquel rincón perdido entre acantilados).

Mientras todo eso sucedía dentro de mí, fuera las sendas que recorría se iban ensanchando y me forzaban a alejarme del mar, por lo que acabé caminando por una carretera que se adentraba en Orio, localidad en la que nunca antes había estado. El trajín dominguero me rodeaba, pero me sorprendí al observar que mi silencio interior seguía poseyéndome. Vagabundee por las calles del pueblo permitiéndome sentir esa nueva compañía. Cuando alcancé el río Oria, me di cuenta de lo cansada que estaba: llevaba caminando cinco horas.

“Aterpe taberna”.

No había nadie en la terraza. Tras sentarme cerré los ojos, dejando que el sol me acariciase el rostro. El rumor del tráfico que circulaban por el puente que a mi izquierda cruzaba el río, intentaba violar mi silencio, pero sin demasiado éxito. Los oídos seguían funcionándome perfectamente, pero mi interior era como un cine al que le hubiesen desmontando los baffles. Recuerdo pensar que cuando a la vida le quitas el sonido, le pasa como a las películas de miedo sin volumen: ambas pierden todo su tenebrismo.

- *Egun on*. ¿Qué va a ser?

- *Egun on*. Una Fanta de limón, por favor.

Mientras esperaba el refresco me puse a navegar con el móvil: el siguiente faro era el de Guetaria. Para llegar a él debía cruzar el puente que tenía a mi izquierda y caminar tres horas. Justo en ese instante en la pantalla del teléfono desapareció el mapa y pude ver la fotografía de mi marido. Iker me estaba llamando. Y los tonos de la melodía del móvil asociados a él (Duke Ellington al piano, su preferido) estaban consiguiendo volverle a poner voz a la vida. Cargarla de dramatismo. Esa llamada estaba abriendo un boquete en mi coraza de silencio que durante las dos últimas horas me había llenado de serenidad interior, protegiéndome. Supe de inmediato qué debía hacer: cuando la vida te mira a los ojos, no hay más remedio que decidir. Como en el boxeo, puedes correr, pero no puedes esconderte.

- A la mierda.

Me levanté, caminé hasta la baranda del río y dejé caer el móvil. En cuanto el teléfono entró en el agua, el piano de Duke Ellington enmudeció, y mi silencio interior volvió a poseerme. Mientras imaginaba mi móvil sumergiéndose hasta el lecho del río, con la imagen de mi marido ocupando toda la pantalla entre burbujas, me vino a la mente la idea de que quizás mi teléfono debía ahogarse para que su dueña pudiese seguir respirando. Por fortuna, el horno de casa es eléctrico.

*

Desde la azotea del Miguelete, la ciudad vieja se desplegaba a nuestros pies. Era divertido ver a las personitas haciendo cosas, desde arriba.

- ¿Sabes lo que dijo Borges?

- Supongo que un montón de genialidades. Se murió muy mayor tras pasarse la vida escribiendo - me cogió por la cintura desde atrás, en plan cinturón de seguridad, para darme en el cuello un beso con sonrisa; yo, apoyada en la balaustrada de aquel campanario de seiscientos años, oteaba el horizonte intentando ver mi futuro -. No he leído nada de él. Cuéntamelo tú que seguro que te lo has leído todo.

- Sí, me gusta mucho Borges. Su poesía, sus relatos... me encanta.

Por aquel entonces yo aún buscaba la verdad de la vida a través de las palabras; aún no sabía que la única manera de acercarte a la verdad de la vida es a través del silencio.

- Él decía que el amor entre dos personas tiene que basarse en la admiración y en la compasión. Si falta alguno de los dos ingredientes, ese amor es cojo.

Me doy la vuelta y observo su rostro. Constato que como cualquier hombre muy simétrico, mi novio tiene ventajas de tipo reproductivo. Lástima que yo no quiera tener hijos.

- ¿Estás enamorado de mí?

- Completamente. Yo soy tuyo. ¿Tú eres mía?

No tengo amigos, no tengo familia, no tengo trabajo, no tengo salud, ni futuro. No tengo vida fuera de tu vida. ¿Y aún lo dudas? Por supuesto que soy tuya. Como lo es esa chaqueta que llevas, y tus ojos, y tus preocupaciones.

- Claro que soy tuya - nos besamos -. Entonces, si estás enamorado... y haciéndole caso a Borges... ¿qué es lo que admiras en mí?

- Qué es lo que admiro en ti... - repitió mis palabras, sin duda para ganar tiempo -. Te admiro por tu serenidad, por tu generosidad, por tu sensibilidad.

Su respuesta sé que fue honesta. Nunca me permití desconfiar de él, eso hubiese significado rendirme al miedo.

- ¿Y tú, que admiras en mí?

Aquello era una especie de ejercicio arquitectónico, una cata de los cimientos del edificio que estábamos construyendo: en nuestra ingenuidad, creíamos que para que lo nuestro durara tanto como el torreón sobre el que estábamos, aquel *sincericidio* era necesario.

- Yo te admiro por tu autoridad natural, por tu inteligencia, por tu manera de follarme.

- Vaya, lo que yo decía, eres toda sensibilidad...

Nos reímos, abrazados, para acabar fundiéndonos en un largo beso.

- Bueno, si hemos de hacerle caso a Borges, ahora tendría que preguntarte... si me compadece por algo.

- Pues no le vamos a hacer caso, a la porra Borges - volvió a cogerme por detrás y juntos contemplamos la ciudad -. Ahora creo que debemos guardar silencio.

- ¿Y eso? ¿Me estás haciendo callar?

- Sí, cotorra - me dio un mordisquito en el cuello, antes de susurrarme al oído -. Las buenas conversaciones son como el buen arte... si es verdadero, siempre deja fuera más de lo que contiene dentro.

Le hice caso y guardé silencio. Iker ejercía ese poder sobre mí. Tenía la capacidad de verme intimidades que incluso a mi ser consciente le pasaban inadvertidas: eso que acababa de decir era justo lo que yo intentaba hacer en los cuentos que escribía por aquel entonces. Algunos lectores de mi blog me decían que las historias no estaban bien cerradas, y yo siempre les respondía lo mismo: “Relee atentamente el cuento, mira en tu interior, y verás como la historia sí está bien cerrada. Yo nunca dejo cabos sueltos, nunca dejo nada al azar cuando escribo”.

Durante el siguiente mes de caminata por la costa norte de España no hablé prácticamente con nadie. Hasta que tuve mi primer encuentro sexual, ya en Galicia, tan solo pronuncié las palabras imprescindibles para pedir la cuenta, comprar comida y productos de aseo, o reservar sitio en los albergues de peregrinos en los que me alojaba. Como ya no tenía teléfono móvil, me guiaba siguiendo mi instinto, con una única directriz: hacia el oeste, lo más cerca posible del mar. Cuando intentas orientarte en un mapa, y requieres concentración, pides silencio a los que te rodean. Quizás por eso, como ahora el silencio estaba dentro de mí, sabía que iba sin rumbo, pero en la dirección correcta.

¿Estaría mi marido preocupado por mí? ¿Vivirían ya juntos él y su amante? ¿Qué sería de mi futuro? Las preguntas, conforme pasaban los días y seguía caminando, fueron desapareciendo sin que yo me diera cuenta. No es que fuesen sustituidas por respuestas, sencillamente desaparecieron de mi mente. Como cuando pierdes un paraguas y no sabes cómo ha sido.

En ocasiones, por pura casualidad, mi ruta coincidía con trechos del Camino de Santiago. Al estar éste muy frecuentado por peregrinos, no era infrecuente que alguno de ellos intentase entablar conversación. Sin embargo, comprobé aliviada que bastaban un par de respuestas monosilábicas para que mi interlocutor entendiese que yo no quería ni charla ni compañía. La cultura del Camino es muy respetuosa con el silencio ajeno. Quizás sea debido a que muchos peregrinos me dieron la impresión de estar transitando por un viaje muy parecido al mío, un viaje de descubrimiento interior en el que no

debía inmiscuirse nadie. Ya teníamos nosotros en la cabeza bastante cháchara: si sabes escucharlo, el silencio te habla. Suena raro, lo sé, pero es cierto. El silencio es un gran conversador, aunque a veces dice cosas que preferirías no oír. Especialmente si eres alguien al que le preocupa la verdad.

“Ya no te admira... eres una mujer a la que su marido ha dejado de admirar. Esa eres tú... aunque quizás, eres algo más”.

Hoy en día hay hilo musical en todas partes porque está lleno de gente que necesita evitar que el silencio le dé conversación. Y le cuente la verdad acerca del agujero que todos llevamos dentro. Mejor rellenarlo con cancioncitas.

Intentaba gastar el mínimo dinero posible, porque al pagarlo todo con la tarjeta vinculada a la cuenta conjunta que tenía con Iker, me embargaba el sentimiento de que una persona ya ajena a mi vida financiaba mi vida. Y estaba justificada mi desazón: en esa cuenta bancaria tan solo entraba el dinero de la nómina de mi marido. Al final asumí que durante algún tiempo, hasta que reorganizase mi existencia, tendría que cohabitar con esa desagradable sensación de vivir a costa de otro, cuando ese otro no quiere saber nada de ti. Para minimizarla, nunca comía en restaurantes, sino que compraba víveres en las tiendas de los pueblecitos por los que pasaba, y en lugar de alojarme en hoteles, lo hacía en los albergues para peregrinos que festonean la cornisa cantábrica, compartiendo habitación con una o dos docenas de caminantes de todo pelaje y condición.

En alguno de esos cuartos, el olor era tan intenso que parecía capaz de alisar el gotelé de las paredes. Y sin embargo, a mí ni me molestaba. No tenía nada, y jamás me he sentido tan rica. Solo echaba de menos un poco de marihuana... Cuando dejas que el silencio te conquiste, pasan cosas dentro de ti. La más importante, quizás, es que recuperas la capacidad infantil de maravillarte. En cierta medida, vuelves a estrenar el mundo. ¿Es posible imaginar una felicidad más esencial? Todo te sorprende, todo te llena de alegría, incluso lo más nimio. Esa piedra cubierta de musgo, la señal de tráfico que parece indicar que debes cederle el paso a la luna llena, las olas rompiendo contra el acantilado. Si llovía, me mojaba. Si hacía sol, me bronceaba. Como digo, todo me sorprendía, incluida mi capacidad de sorpresa. Sé que puede sonar ingenuo, incluso un poco *naïf*, pero quien haya experimentado en carne propia (o mejor dicho, en alma propia) qué es el silencio interior, podrá entenderme: lo que estaba tomando

forma dentro de mí, y crecía con cada día de caminata, era una sosegada conciencia de existir. Solo eso. Ser. Tan sencillo y tan complejo como eso.

No quiero dar la impresión de que durante todo ese mes que caminé sin descanso hasta llegar a las rías bajas gallegas, mi día a día tuviera un permanente carácter místico. Parecer una iluminada me aterroriza. De hecho, la mayor parte del tiempo transcurrió de modo absolutamente prosaico, y también hubo momentos simpáticos y hasta cómicos. Recuerdo, por ejemplo, la tarde que entré en Gijón. Ya anoecía y yo estaba sedienta, llevaba cinco horas caminando sin beber nada, en pleno mes de agosto. De repente, frente a mí, como si se tratase de una aparición mariana, veo un Burger King. Me abalanzo hacia el interior: ya me imagino dándole un largo trago al vaso grande de Coca-Cola con abundante hielo. Pido, pago, y atenazando mi tesoro entre las manos cruzo el establecimiento y salgo a la calle, sin probar el líquido burbujeante, para disfrutar al máximo del placer de la postergación. Me acerco a un portal próximo y doblo las piernas para sentarme sobre la acera, ignorando las agujetas y con mucho cuidado para no derramar ni una gota. Sostengo el gran vaso de cartón entre mis manos, como un obispo sostiene el Santo Cáliz. Ya nadie podrá impedir que disfrute de todo ese frescor...

- No te lo gastes en vicios.

Mis ojos ven como caen desde las alturas unos objetos redondos de color cobrizo, directos al interior de mi vaso de Coca-Cola. Alzo el rostro, patidifusa, y frente a mí una anciana con gafas culo-botella me observa satisfecha, mientras vuelve a agarrar el andador para proseguir su camino tras la buena obra del día: creyendo que soy una pordiosera que pide limosna, me ha echado al vaso unas cuantas monedas de cinco céntimos.

- Gracias...

- De nada, hija mía, de nada... Y no te drogues más, gástatelo en comida que estás muy delgaducha.

¿Con sus quince céntimos qué quería que me comprase? ¿Un regaliz de palo? Estuve tentada de echarle encima la Coca-Cola, pero preferí bebérmela a pesar del inesperado ingrediente.

Otros momentos que viví tuvieron la virginidad de las primeras experiencias. El tercer día que caminaba por tierras de Cantabria, recorriendo una senda que serpenteaba jugando al ratón y al gato con el bosque, de sopetón, sin darme casi cuenta, abandoné la umbría

para verme en medio de un claro que se abría entre los abedules. El sol me cegó. Cuando abrí los ojos de nuevo, frente a mí había un lobo. Abrevaba en una pequeña poza. Ni él ni yo nos asustamos. Alzó su cabeza poderosa y se quedó observándome. Nos miramos mutuamente durante largos segundos. Nunca me he sentido tan próxima a otro ser vivo, tan unida a él. Jamás. Ni siquiera haciendo el amor con Iker. Ese lobo solitario y yo compartíamos el mismo silencio. La misma pureza. Contemplando esos ojos, entendí al fin un verso que había leído mucho tiempo atrás, y que el lobo también parecía conocer: *ser uno es no tener nada*. El mundo se esfuma cuando le dejas que entre en tu interior.

Tan fantasmal como había llegado, el lobo desapareció dejando tras de sí una estela de ensoñación. Allí, sola en medio de ese claro en el bosque, confirmé que dentro de mí estaba sucediendo algo. Un cambio nuevo y extraño que nunca jamás había experimentado. Algo que yo no era capaz de controlar ni de dimensionar, y que no sabía hasta donde me llevaría.

- Esa isla de ahí, ¿cómo se llama?

- Ons.

El camarero dejó el Trinaranjus sobre la mesa y regresó tras la barra. A todas luces tenía tan pocas ganas de conversación como yo.

“El pirata”.

Buen nombre para aquel barecillo: estaba apostado en el extremo de una península rocosa en San Vicente do Grove. Desde allí se oteaba la inmensidad del Atlántico, sin edificio ni construcción que bloqueara el horizonte, como si navegases en un barco bucanero buscando víctimas. A pesar de ser agosto, estaba sola en la terraza, quizás porque aún era temprano para los escasos veraneantes de la zona. Observé la carreterita que subía desde el pueblo hasta “El pirata”. El sol trepaba poco a poco cuesta arriba. ¿Se deslizaría más deprisa cuando empezase la cuesta abajo?

- Perdona, ¿cómo podría llegar hasta la isla?

El camarero se giró, sorprendido al verme apoyada en la barra del bar. Las gafas de sol a lo Blues Brothers combinaban bien con sus patillas hacha, pero resultaban superfluas a las ocho de la mañana. A no ser que quisiera ocultar sus ojos.

- Sale una *barquiña* tres veces al día desde Portonovo.

Con el dedo señaló algún punto indeterminado en la lejanía, al otro lado de la gran bahía. Tras hacerlo, volvió a zambullirse en el fregadero, como si los cacharros sucios fuesen clientes que mereciesen más atención que yo.

- Gracias.

Volví a mi mesa y apuré el Trinaranjus. Contemplaba la isla, que parecía flotar no en el mar, sino sobre la bruma del horizonte. Entre ella y yo, un alcatraz planeaba moroso, como un velero del cielo. Sabía que no merecía el paisaje que estaba contemplando, como no merecía casi nada de lo que me ha pasado en la vida.

- Te cobras, por favor.

Al verme la tarjeta en la mano se apartó del fregadero para acercarme el datáfono.

- ¿Quiere copia?

- No, gracias - cargué con mi mochilita a la espalda y me di la vuelta dispuesta a irme, cuando la voz del camarero sonó de nuevo.

- En esa isla no hay nada que valga la pena. No le recomiendo que pierda el tiempo yendo hasta allí.

- Si algo me sobra es tiempo.

Alzó la cabeza del fregadero, con las gafas de sol a cuestas, para mirarme.

- Pues a lo mejor tiene razón. A veces hay que dejar espacio para que sucedan cosas. Otras cosas.

De nuevo volcó toda su atención en los cacharros del fregadero, dando por concluida la conversación. Nunca antes había estado en Galicia, y por lo visto es cierto eso que dicen: es tierra de brujas. Y parece ser que también de brujos.

“Portonovo, 4”.

Quizás fuese por la ilusión infantil de saber que iba a subirme a un barco, pero mis andares se habían vuelto más vivarachos. Los coches que pasaban junto a mí me parecía que avanzaban alegremente. No la gente que iba dentro, sino los propios coches.

- El siguiente barco sale dentro de hora y media.

Maté el tiempo paseando por entre los pesqueros amarrados en puerto. En una tasca me pedí unos mejillones al vapor y una cerveza. Cogí los tres pedazos de pan cortesía de la casa y me los metí en el bolsillo. Paseé por el espigón y, sentada en un noray, les repartí la miga a pellizcos a una pareja de gorrioncillos que daban saltitos sobre el hormigón mohoso. Pero enseguida llegaron las gaviotas. A los dos minutos me vi rodeada de docenas de esas aves, y empecé a sentirme como la protagonista de una película de Hitchcock. Por suerte un pesquero entró en puerto haciendo sonar su bocina. Las gaviotas volaron al unísono, envolviéndome en un minitornado de aire cálido e insano que me obligó a cerrar los ojos y aguantar la respiración. En

cuanto regresó la calma, hui corriendo del lugar del crimen, algo asustada por el tumulto que había organizado. Por suerte ya era casi la hora de embarcar. Las gaviotas son uno de los pocos pájaros que no me gustan. Me recuerdan a mi madre.

- Señorita, es obligatorio ponerse el chaleco salvavidas.

El barquito parecía de juguete, y su capitán también. Me acomodé en un extremo de uno de los bancos corridos de la minúscula cubierta, preguntándome qué harían los pasajeros en días lluviosos: en aquella chalupa no había lugar donde guarecerse. El motor empezó a rugir, y cuando ya pensaba que navegaría a solas con el capitán, embarcó una pareja que bordeaba la ancianidad pero no se resignaba a zambullirse en ella. La mujer tenía aspecto de abuela fugitiva. Él llevaba camisa de palmeras, como si el asilo de donde había raptado a su chica se hallase en Hawai. Incongruente con el espléndido sol que nos calentaba, y con su camisa, blandía un paraguas negro y antiguo en la mano derecha. De esos con punta de hierro tipo estoque.

- ¡Soltamos amarras!

El mar estaba en calma, pero la barquita se bamboleaba como si navegásemos en un caldero que rebulle al fuego. Quizás fuese la escasa pericia de nuestro capitán, o el poco calado de la embarcación. Por suerte yo no me mareo, pero mi pareja de travesía se miraba, asustados, como si estuviesen replanteándose su aventura: aquel meneo tan intenso no podía ser bueno para la artrosis.

- ¡Señoras y señores! ¡Llegamos en cinco minutos! ¡A las siete y media zarpo de vuelta, sean puntuales que no espero a nadie y este es el último barco del día! ¡Si lo pierden tendrán que dormir en la playa!

Miré el reloj. Las cuatro en punto. Con precaución me puse en pie para divisar tierra firme, ya muy cercana. La isla se esparcía ante mí. Tan triste como un lugar maravilloso donde no has vivido nada.

- ¡Bienvenidos a Ons! ¡Recuerden, si a las siete y media no están aquí yo me largo!

Me alejé con paso ágil del rudimentario embarcadero. No me apetecía que aquellos ancianos quisiesen formar pandilla para pasear por la isla, la perspectiva de pasar tres horas con dos desconocidos tan extraños me ponía los pelos de punta. Aunque bien pensado, ellos podrían haber dicho exactamente lo mismo de mí.

Por lo que pude apreciar en un primer vistazo, la isla no debía de tener más de un kilómetro cuadrado, y era casi plana excepto unos ligeros promontorios en su centro, donde se alzaba un faro. Aparte de

esa construcción, solo se veían cuatro o cinco casas sencillas y solitarias, que brotaban en medio de aquel inmenso prado verde. Perdidos de vista los dos ancianos, no se divisaba ni un alma por ninguna parte. Detuve mi camino para decidir hacia dónde dirigirme: quería ver el faro, por supuesto, pero antes exploraría el litoral.

Ignoré la ruta señalizada y me adentré por lo que parecía ser un camino del deseo. Para quien no los conozca, los caminos del deseo son esas sendas trazadas por la costumbre, no por la autoridad. La gente, de manera instintiva, pasa por allí aunque la ruta no esté marcada en ningún mapa, y poco a poco, de tanto aplastar la hierba bajo sus pies, crea un camino del deseo. Yo los adoro.

“Praia de Melide”.

Un panel explicativo muy rústico me informaba que había desembocado en uno de los extremos de la playa de Melide. Trescientos metros de arena coralina se extendían ante mí. Para alcanzarla debía atravesar un bosquecillo de sauces y robles, sofocado de helechos. Me adentré en él sintiéndome la pionera de un nuevo camino del deseo. Al llegar a la playa, de sopetón, el sol me cegó. Pero cuando conseguí de nuevo abrir los ojos, frente a mí no había un lobo, sino que me encontraba rodeada de rocas enormes. Redondas, pulidas, viejas. Como si una dinosauria preñada hubiese pasado por allí para poner sus huevos sobre la arena tibia (con permiso de Gabriel García Márquez).

Regresé a las sombras del bosque. Me apetecía cobijarme en su humedad. Allí metida experimenté una especie de soledad dentro de la soledad: una cabaña de helechos, en el fondo de un bosque, en el fondo de una isla desierta, frente a las costas de un país de brujas. Muñecas rusas. La más pequeña incrustada en el epicentro de mi alma.

- Qué bueno...

Resoplé del gusto al alargarme boca arriba sobre el lecho de hojas muertas. Desde lo más hondo del bosque, vi como el sol jugaba en las alturas con su paleta de verdes. La iridiscencia de los infinitos matices parecía capaz de meterse en mi cuerpo a través de los ojos, como si fuese savia dispuesta a alimentarme tras hacer la fotosíntesis... Sin darme cuenta, me dormí.

- ¡Mierda!

Al despertarme la primera reacción fue miedo: ¿dónde estaba? Aclarada esa cuestión, miré el reloj. Las siete y cuarto. ¡Si en quince

minutos no llegaba al embarcadero tendría que pasar la noche en una isla donde no habitaba nadie! Me levanté de un brinco dispuesta a correr. Y en ese momento lo vi, frente a mí. Un kayak monoplaza rojo se acercaba a la playa de huevos de dinosauria (sé que esa palabra en femenino no existe, pero me da igual). En cuanto su ocupante alcanzó la orilla desembarcó, y, deprisa, como si temiese que alguien le viera, arrastró la canoa hasta esconderla tras unas rocas, cerca del agua pero ya invisible a miradas curiosas. Era un chico moreno, alto y delgado. Tendría tres o cuatro años menos que yo, a lo sumo treinta. Echó una carrerita hacia el bosque en el que me encontraba, buscando cobijo. Solo cuando se sumergió entre los helechos, me vio. Tras la sorpresa, su rictus de pasmo se acomodó rápido.

- Hola, yo soy Merlín.

Hacía más de un mes que no sentía como una mirada pasaba por dentro de mí. La última había sido la de Iker, abandonándome.

- Hola, yo soy Ada. Sin hache.

Escuchar mi voz pronunciando ese nombre después de tanto tiempo, me pareció irreal.

*

Conocemos la velocidad de la luz, pero, ¿y la velocidad de la oscuridad? Conocemos la velocidad del sonido, pero, ¿y la velocidad del silencio? La gente está equivocada, muy equivocada. Creen que la vida se trata de hacer, crear, sumar. Y es justo lo contrario: en la vida, casi siempre, se trata de restar.

“Ya no te admiro”.

Cuando tomas consciencia de que no eres importante para nadie, de que ninguna persona piensa en ti de verdad, al principio te asalta el pánico o la tristeza, depende de qué pasta estés hecho. Pero después, si tienes la serenidad y la paciencia suficiente, entiendes que transitas por el primer repecho, el más duro, de la senda de la felicidad: ya no vas a poder seguir huyendo de ti mismo. Ya solo podrás caminar hacia delante, sin ruido de fondo. En silencio. Has dejado de vivir a través de otros. Que nadie piense en ti, te permite por primera vez pensar por ti mismo.

- Un mago y un hada se encuentran en medio del bosque en una isla deshabitada. ¿Seguro que no nos hemos colado sin darnos cuenta en pleno rodaje de una secuela de *El señor de los anillos*?

Su sonrisa era muy bonita. La camiseta que llevaba no. Estaba descolorida y le venía pequeña. Además, su leyenda resultaba absurda en un chico: “Dame mala vida y seré tuya”. ¿Se le habría acabado la ropa limpia y había tenido que recurrir a la de su mujer o su novia? La idea de que pudiese tener pareja me disgustó.

- Nunca había conocido a nadie que se llamase Merlín - fue extraño abrir la boca y emitir tantas palabras de un tirón.

- Idea de mi padre. Era mago profesional.

- ¿En serio?

- Sí. Su número estrella era desaparecer, esfumarse en plena actuación. Por eso mi madre me tuvo que criar sola.

Soltó una carcajada tan bonita como su sonrisa.

- No pongas esa cara, esto último era broma. Mi padre es mago, y muy bueno, pero además es un tipo estupendo, le quiero con locura. Mi nombre antes era una rareza, pero me han dicho que en Cataluña se está poniendo de moda gracias a una serie de televisión que ha tenido mucho éxito.

Allí estaba yo, conversando tranquilamente en medio del bosque con un chico guapísimo, sin importarme que el último barco para regresar a la civilización estuviese zarpando en aquellos instantes. Hasta que no aceptas que no tienes ni idea de nada, la vida no puede regalarte cosas.

- Me ha dado la impresión de que te escondías de alguien.

La pregunta tan directa le sorprende. Me mira con dos ojos distintos. Uno azul y el otro marrón, muy oscuro. La sensación es extraña, como si yo también me hubiese desdoblado en dos personas distintas. Una tímida y la otra osada.

- Eres muy observadora. Sí, me escondo de las patrulleras de la Guardia Civil.

Debí de parecer asustada, porque se acercó a mí y me tomó del brazo, en un gesto cálido y acogedor.

- Tranquila, no soy ningún delincuente. Bueno, en realidad sí lo soy... pero mis delitos nunca son violentos.

¿Cuál de los dos ojos me estaba hablando? ¿Sería un violador relamiéndose ante la presa caída del cielo que se acababa de encontrar? ¿Debía sentir miedo? Me era imposible. Merlin tenía nombre de mago, pero aspecto de poeta, de esos morenazos con arete en la oreja y media barba que triunfan últimamente en las redes sociales con versitos mojabragas. Y un poeta no podía violarme. Un poeta violador es una especie de oxímoron.

- En esta isla se crían las mejores langostas de toda Galicia, pero es reserva natural, está prohibido cualquier tipo de pesca - conforme hablaba, fue cruzando las piernas para sentarse sobre el lecho de hojas muertas, en plan indio; yo le imité, dejando que los helechos nos cobijasen -. Vengo aquí un par de veces a la semana cuando el ocaso, para pescarlas por la noche. Tan solo un par de docenas cada vez, no necesito más. Con unas gafas de bucear y una linterna subacuática es tan sencillo como recoger lechugas. Luego echo un sueñecito en este bosque y al amanecer me vuelvo a casa.

- ¿Y para qué quieres tantas langostas?

- Para dar de cenar a mis clientes.

- ¿Tienes un restaurante?

De nuevo pude comprobar lo bonita que era su risa.

- ¿Ves aquella playa? - señaló en lejanía una línea de arena ya rojiza gracias al atardecer -. Se llama Montalvo. Allí vivo y tengo mi negocio.

- Pero no se ve ninguna casa...

- Vivo en una *roulotte*, en las dunas. Por las noches monto tres mesitas frente al mar y atiendo a mis clientes a la luz de las velas. Mi restaurante es tan ilegal como lo son los ingredientes que utilizo.

Si esos eran todos sus delitos, no iba a ser yo la que lo enviase a prisión.

- ¿Te importa si fumo?

Me lo preguntó con una amabilidad pasada de moda, que a la vez, incomprensiblemente, me parecía de una modernidad tierna; como su fuerte acento gallego, que no sé por qué me recordaba a la cinta de una máquina de escribir de dos colores.

- En absoluto, fuma, tranquilo.

Del bolsillo de su bañador sacó una bolsita de picadura, un mechero, papel de liar y un huevo Kinder de plástico. Abrió este último y de inmediato llegó hasta mí el especiado aroma de la marihuana. En completo silencio, con parsimonia de vegetariano, Merlín lio un cigarrillo.

- Esta hierba es una pasada - aspiró intensamente, expulsando con deleite una avalancha de humo - ¿Te apetece?

A punto estuvieron de caerme lágrimas de alegría al escuchar el ofrecimiento. Por supuesto que me apetecía. Le di una calada larga y nutritiva, que tras un mes sin fumar, se me metió muy adentro. Tan adentro, que por un momento temí que mi silencio interior se pusiese a toser.

- Sí, es muy buena esta hierba - exhalé el humo, y con él un montón de tristeza; volutas de pena bailando en el aire hasta perderse cielo arriba -. No puedes ni imaginar lo que necesitaba fumar.

Mientras le daba una segunda calada al porro, advertí que no ocultaba mi deseo hacia Merlín de ningún modo. En una tímida como yo eso era sorprendente, pero por lo visto, parte del cambio acaecido en mi interior durante las últimas semanas había consistido en eso, en no ocultarme, no esconderme. Mostrarme tal como soy ante los demás, con mis anhelos y mis miedos. Fue para mí una sorpresa mayúscula verme a mí misma comportándome de manera tan libre por primera vez en mi vida. Merlín nunca sabría que, de algún modo poco habitual, con él me estaba desvirgando.

- Entonces vives en una *roulotte*.

- Sí.

- ¿Solo?

- Conmigo.

Le pasé el canuto, mirándole fijamente a sus ojos de dos colores.

- Vas con tu casa a todos lados, como los caracoles... me gusta.

- En el fondo todos somos caracoles. Cuanto tenemos, y me refiero a tener de verdad, lo acarreamos siempre con nosotros.

Aquella frase salió de su boca embadurnada de cannabis, lo cual rebajó su artificiosidad sentenciosa.

- En este último mes he descubierto lo cierto que es eso que acabas de decir... Cocinero y filósofo, extraña combinación.

- Te equivocas. Ambas profesiones se dedican exactamente a lo mismo.

Envueltos en el humo del cigarrillo, rodeados de aquel bosque celta, poco a poco íbamos adquiriendo un carácter encantatorio. Druídico. Parecía que en cualquier momento desapareceríamos entre vapores de marmita.

- Pero tienes muy buen ojo. Me licencié en filosofía antes de meterme a cocinero. Estuve varios años preparando oposiciones a profesor, pero no conseguí plaza.

- Creo que serás más feliz cocinando que dando clases - no sé muy bien por qué dije eso, nunca había hecho ni una cosa ni la otra -. A mí me hubiese encantado montar un restaurante de comida española en Tokio.

- Suena a aventura interesante. ¿Por qué no lo haces? Aún estás a tiempo.

- No, te equivocas, ya es tarde - lo último que me apetecía en ese momento era recordar a Iker, por lo que pregunté lo primero que me pasó por la cabeza - ¿Aspiras a montar un restaurante de verdad?

- Mi restaurante es de verdad. Ilegal, pero de verdad.

De nuevo me mostró su preciosa sonrisa, dejando claro que no se había ofendido por mi comentario poco afortunado.

- Perdona, no lo he dicho con mala intención.

- Lo sé, no te preocupes - tras devolverme el porro se alargó sobre el lecho de hojas - ¿Sabes a lo que aspiro en realidad? - ahora parecía un cortesano disfrutando lánguidamente del concierto de una chelista -. Te he dicho antes que cada noche monto tres mesitas en la arena de la playa.

- Sí, lo recuerdo.

- Algún día me gustaría poder montar solo dos.

No sé quién escribió que los ríos más profundos fluyen lentamente. Con cada palabra que Merlín pronunciaba, iba percibiendo la grandeza de esa frase.

- Yo he hablado mucho de mí, pero no sé nada de ti.

- No hay mucho que contar - me recosté yo también en el lecho del bosque, frente a él, haciéndole de espejo; el solo de chelo había acabado, me apetecía un dueto -. Pero pregunta lo que quieras.

- Pues por ejemplo, ¿qué haces aquí a estas horas? El último barco que regresa a Portonovo ya ha zarpado.

- Sí, y yo debería ir en él. Pero me tumbé aquí, en el bosque, y sin darme cuenta me quedé dormida. Desperté justo para ver cómo escondías tu kayak entre las rocas.

Empecé a percibir esa lejana desconexión con la realidad que siempre me produce la marihuana, volviéndolo todo blandito e inofensivo.

- ¿Sabes que tendrás que dormir en esta isla deshabitada?

- Sí, y no me importa.

- ¿De dónde eres?

- Soy valenciana, pero vivo en San Sebastián.

- ¿Estás casada? Veo que llevas anillo.

Durante el último mes había dudado si quitármelo o no. Me alegré de no haberlo hecho, Merlín era a todas luces de esos hombres a los que les excitan los retos.

- Soy viuda - no mentí, era exactamente así como me sentía, pero no viuda de Iker, sino de mí misma, de mi yo del pasado; por supuesto, no iba a contarle algo tan íntimo -. Es broma, no soy viuda. Mi marido me dejó hace un mes, se buscó una amante y me abandonó por sorpresa, sin previo aviso.

Lo que acababa de contar sentía que le había pasado a otra mujer: por supuesto aún me hacía daño el abandono de Iker, pero ya no me dolía. O al menos eso creía mi yo del presente fumado.

- Lo dices muy serena, sin odio ni rencor - me pasó el porro.

- No tengo nada que reprocharle. Dejó de admirarme, y contra eso nadie puede luchar. Los sentimientos deciden por sí mismos, uno no puede conducirlos por el camino que le apetece o le conviene.

Lo que decía era totalmente sincero.

- Eres muy generosa.

- No creo. Tan solo soy consciente de mi realidad.

- ¿Tienes hijos?

- No. Ni creo que los tenga nunca.

- ¿Y eso?

- La naturaleza no quiere que las personas como yo nos reproduzcamos.

- Vaya... eres la primera mujer que conozco que se ve a sí misma como un eslabón defectuoso del proceso de selección natural.

- Ya te lo dije. Me gusta ser consciente de mi realidad.

- Ya me has dicho lo que quiere la naturaleza, ¿y tú?

- Yo qué.

- ¿Tú qué quieres?

- Yo tampoco quiero hijos.

- ¿Por qué?

- Si algo llegara a pasarle a un hijo mío, sería mi final. Sé lo que es que se muera un niño.

Tuvo el suficiente tacto como para no indagar. Pero pasados unos segundos, no pudo evitar lanzar su hachazo de leñador listo.

- Suena a “me encantan las motos pero no tengo una porque temo un accidente que me deje paralítica”. Es una manera un poco miedosa de vivir, ¿no crees?

- Lo que creo es que cuando sientes constantemente que hay algo que te estás perdiendo, el que se está perdiendo eres tú.

La última frase había sonado a reproche, y no quería bajo ningún concepto parecer una resentida. Di una calada y cambié de tema.

- ¿Cuánta distancia hay de aquí a tu *roulotte*?

- Dos millas en línea recta.

- Es mucho para una embarcación tan pequeña y en aguas abiertas.

- El secreto para avanzar en el mar con un kayak es sencillo: dar paladas a un lado y al otro alternativamente. Con esa simple regla, puedes llegar donde quieras.

Me lanzó una de sus sonrisas. Apagó el cigarrillo aplastándolo contra un tronco y se volvió a sentar dispuesto a preparar otro. Mientras lo hacía empezó a hablar. A mí me gustaba escucharlo mientras veía sus dedos moverse con habilidad. Tendida frente a él como una maja vestida, pero imaginándome ser una maja desnuda.

- Voy a contarte una historia para que veas que dos millas no son nada. Creo que te gustará.

- Adelante. Te escucho.

- En el año 1932 Oskar Speck, electricista alemán en paro, decidió buscarse la vida en unas minas de cobre en Chipre. Como no tenía dinero para el viaje, ideó irse hasta allí en un kayak muy parecido al mío, pero bastante más frágil, por aquel entonces no existía la fibra de vidrio - en ese momento tuvo que interrumpir su narración para pasarle la lengua al borde engomado del papel de fumar -. Pensado y

hecho. Partió Danubio abajo hasta desembocar en el mar Negro. De allí siguió remando hacia el mar Jónico, y cuando ya llegaba a Chipre, cambió de idea. Decidió proseguir su viaje remontando el Éufrates hasta el golfo Pérsico. Pasó el estrecho de Ormuz y atravesó el mar Arábigo. Continuó por el golfo de Bengala y circunnavegó la India hasta alcanzar la antigua Birmania. Por el estrecho de Malaca entró en el mar de Java, y tras ser atacado por tiburones y tribus salvajes, llegó al mar de Banda en Indonesia. Siguió hasta Papúa Nueva Guinea, y finalmente alcanzó la isla australiana de Jueves. Había recorrido cincuenta y cinco mil kilómetros en siete años. Pero su aventura no había hecho más que empezar.

- ¿En serio?

- Era el año 1939. La segunda guerra mundial acababa de estallar. Ante su sorpresa, la policía le detuvo por ser alemán y sospechar que tal vez había ido a Australia para realizar labores de espionaje. Se pasó los siguientes siete años encerrado en un campo de prisioneros aliado.

- Pobre hombre...

- La historia tiene final feliz: una vez liberado, acabó haciéndose rico inventando una máquina que se utiliza en gemología. Pero ahora viene la gran pregunta.

- Dispara. Me tienes intrigada.

- ¿Cuál de los dos encierros de siete años es más injusto? ¿El interno que se autoimpuso él remando por medio mundo, o el externo al que le forzaron las autoridades australianas?

Me quedé pensando unos segundos. Analizando mi propio viaje de los últimos treinta días como si yo fuese una versión pequeñita de Oskar Speck.

- Yo creo que no existe eso que tú llamas “la gran pregunta”. El único encierro fue el segundo. Los siete años que se pasó remando fueron una elección suya, libre, sin coacciones de nadie.

- No estoy tan seguro. La peor de las coacciones es la propia. Hay veces que emprendemos viajes tan solo porque creemos que el movimiento nos librará de nosotros mismos. Algo tan fantástico como pensar que la danza nos traerá la lluvia, o que la música muy alta nos librará de nuestra conciencia. Yo creo que esos son viajes esclavos.

La última frase hiere como un cuchillo. Me quedo observando sus ojos de dos colores. Ya ha acabado de montar el cigarrillo, por lo que

ellos también me miran a mí. Tengo la impresión de que ahí dentro no hay sitio para nadie.

- ¿Y tú? ¿Estás casado?

- Mi chica me dejó hace tres meses.

- ¿Teníais hijos?

- No.

- ¿Aún la quieres? - un mes atrás hubiese sido incapaz de hacerle esa pregunta a nadie, mucho menos a un desconocido; pero hace una eternidad de un mes atrás.

- Es una pregunta difícil...

- Yo creo que no. De hecho, quizás sea la pregunta más sencilla del mundo.

Permaneció un minuto en silencio, con la mirada perdida. Pensando.

- Si algo he aprendido de las relaciones personales... ¿De verdad quieres que hablemos de esto? ¡Me siento que estoy dando una clase de filosofía!

- Es lo que llevas haciendo desde que nos hemos puesto a hablar. Tengo la sensación que eres de los profes a los que les encanta escucharse - le guiñé un ojo, para que le quedase claro que lo que le decía era verdad, pero me gustaba -. Apechuga y respóndeme.

- Como quieras, tú te lo has buscado - ahora fue él quien me guiñó el ojo a mí, con mucha picardía -. Pero he de advertirte que eso que te decía que he aprendido de las relaciones personales, no lo he aprendido gracias a la filosofía, sino a la geología.

- Sorpréndeme.

Poco a poco volvió a ponerse serio.

- Pues lo que he aprendido de las relaciones es... - encendió el porro - es que el amor no es solo amor, y el odio no es solo odio. Son como el mármol y la calcita, se vetean mutuamente.

Le dio una calada al canuto y me lo pasó, pero esta vez poniéndomelo directamente en los labios.

- Clara me dejó porque yo no paré de serle infiel hasta que conseguí que ella se diese cuenta de todo.

- A veces la infidelidad es fidelidad a uno mismo.

- En mi caso era pura cobardía.

- ¿A qué le tenías miedo?

- A ser yo el que tomase la decisión. Quería dejarla, pero no quería la responsabilidad de dejarla.

- ¿Por qué querías dejarla?

De nuevo se quedó pensativo, y algo confuso. Como si yo hubiese señalado con el dedo a un actor que se escondía entre bambalinas porque aún no se sentía preparado para salir a escena.

- Existir viene del latín *ex-sistere*. Mantenerse afuera.

Cuando escuché esas palabras me di cuenta de que hasta el momento Merlín se había esforzado por mostrarme su lado menos averiado. Ahora empezaba lo interesante.

- ¿Esa es tu manera de vivir? Un poco miedosa, ¿no crees? Me encantan las motos pero no tengo una...

- *Touché*.

Se tumbó boca arriba, contemplando la bóveda del bosque. Parecía que de un momento a otro iba a llorar.

- No conozco otra manera de vivir. Ya te lo dije, mi padre es un gran escapista.

Permanecí en silencio. Tan solo me limité a colocar mi rostro sobre el suyo, observándolo cenitalmente. Muy cerca. Aquella conversación resultaba ilusoria; a la vez tan íntima, y tan alejada de todo.

- Un día, tumbado en este mismo sitio donde estoy tumbado ahora pero sin una cara tan bonita como la tuya encima de mí, vi un avión cruzando el cielo. Y pensé: si Clara y toda su familia fueran en él, y ese avión se estrellase, no echaría de menos a nadie - dos lágrimas asomaron por sus ojos; creí ver que una era azul y la otra marrón, pero quizás fuese debido a que ya habíamos fumado mucho -. Es terrible advertir que no temes quedarte solo. Lo que temes es quedarte solo por tu culpa.

Le acaricié el rostro, para secarle sus lágrimas de colores.

- Cuando lo que se rompe no era bonito, ¿por qué sigue doliendo tanto?

No supe qué responderle. Durante un par de minutos nadie dijo nada, excepto las suaves olas del mar y el ramaje de la arboleda, que no dejaban de cuchichear.

- ¿En qué piensas?

- Dímelo tú, que tienes nombre de mago.

- ¿Cómo lo voy a saber? Soy un mago muy malo.

- No importa. Tengo la teoría de que esto... - sostuve el cigarro frente a sus ojos y le sonreí - produce telepatía.

- ¿A sí? - dejó de llorar y también sonrió - ¿Y cómo un porro consigue tal cosa?

- Muy sencillo...

Le di una calada, inspirando profundamente. Luego acerqué mis labios a los suyos, envolviendo su boca, y exhalé el humo en el interior de Merlín.

- Tienes razón, sí que produce telepatía. Ya sé en lo que estabas pensando.

- ¿En qué?

Tras disfrutarlo, sacó de su cuerpo el humo que yo le había metido.

- En follar.

Lo que sucedió a continuación creo que es fácil de imaginar. No soy capaz de evocar con precisión el acto, había fumado bastante, pero sí recuerdo estar encima de ese hermoso ejemplar de ser humano (que además tenía insertada una parte de su anatomía muy dentro de mí), y a pesar de la integración íntima con semejante hombre, éste me era totalmente ajeno. No es que no disfrutase, el sexo fue muy placentero, pero... Yo debería estar ardiendo, sin embargo no sentía el calor. Como si estuviese viendo por televisión la retransmisión de un incendio forestal, en lugar de participando en su extinción de cuerpo presente. Todo estaba allí, pero a la vez, todo estaba muy lejos de mí. Recuerdo que mientras cabalgaba sobre Merlín, no podía dejar de pensar en una palabra: *ex-sistere*. Mantenerse afuera.

Por culpa de la ría de Ribadeo, mi entrada en Galicia la realicé tierra adentro. Como el puente de la autopista A-8 que la atraviesa no es transitable por peatones, me vi obligada a buscar un paso que me permitiese cruzar el río Eo y así pasar de Asturias a Galicia. Lo hice por San Tirso de Abres. Esa noche en el albergue descubriría que hay varios puentes más cerca de la costa que te permiten salvar el Eo, pero mi desorientación propició que el primer encuentro con un gallego fuese una experiencia conmovedora. Y no me refiero a Merlín, a él no lo conocería hasta una semana más tarde.

Tras cruzar el puente y salir del pueblo, avanzaba por una senda que serpenteaba entre lomas tapizadas de pastos. Por aquí y por allá se veían mechones de bosque y campos de maíz bien cultivados, pero la única compañía de la que disfrutaba era la de las vacas, que me observaban al pasar con esa mirada que es como su estómago: rumiadora. Entonces lo vi. Mi primer gallego. Justo tras una curvita, a la vera del camino.

- Buenos días.

El anciano, calzado con zuecos y empuñando una hoz de segar, detiene su tarea. Al desencorvarse creo escuchar crujidos de madera vieja. Está seco como un pez que se amojama al sol. A todas luces es muy humilde, habita esa pobreza que te hace admirar lo extranjero tan solo por el hecho de serlo. Por eso me mira así. Le diría que soy mil veces más pobre que él, pero no quiero estropear el momento con palabras.

- *Bos días.*

Llegué a Foz cuando el sol ya se escondía. Pasaría allí la noche. Al entrar en la habitación comunal del albergue para dejar mis cosas, advertí que dormir allí sería como dormir en una axila: al menos una docena de peregrinos, tumbados en las literas, dejaban que sus ampollas se aireasen. Salí a disfrutar del frescor de la noche y a cenar algo antes de acostarme en semejante silo nuclear. Entré en un bar que tenía buena pinta. Pedí algo sencillo y, mientras esperaba, pude observar que al fondo del local había cuatro ordenadores encendidos.

- ¿Es esto un cibercafé?

- Un cibercafé a la gallega - la chica, tras la barra, preparaba mi bocadillo de chipirones con manos encallecidas que en nada recordaban a las de una informática -. Por un euro puedes navegar una hora, pero si consumes la conexión es gratis.

- Gracias.

Dado que era el único cliente del local, podía elegir el ordenador que quisiese. Me senté en el que estaba junto a un ventanal abierto que daba a un patio interior lleno de macetas con helechos. Ellos me han acompañado en tantas cosas... Es una de las plantas más antiguas que habitan la Tierra. Ya estaban aquí con los dinosaurios, y aquí siguen. Quizás por eso su compañía me transmite humildad.

- La contraseña es 123456. Por aquí no somos muy originales.

La chica dejó la cerveza y el bocadillo junto al teclado y regresó tras la barra. Yo llevaba tres semanas sin saber nada del mundo, había llegado el momento de asomar la cabecita con precaución para averiguar qué estaba sucediendo ahí afuera. Introduje la contraseña de Gmail y en escasos segundos apareció en la pantalla mi buzón de entrada. Respiré hondo para calmarme y observé los helechos a través de la ventana: “Estamos aquí desde hace millones de años, hemos sobrevivido a meteoritos, glaciaciones, tormentas solares... ¿No entiendes que un puñado de correos electrónicos nos parecen una bobada? Y exactamente lo mismo te deberían parecer a ti”.

- Iker, Iker, Iker, Iker, Iker.

Conversar con unas plantas no contribuyó demasiado a incrementar la confianza en mí misma. Aparte de un montón de *spam*, y algunos correos de lectores de mi *blog* literario que me escribían para compartir sus impresiones sobre mis cuentos, Iker me había enviado cinco e-mails. El asunto de los tres primeros era bastante elocuente. “Estoy preocupado por ti”. “Ada, por favor, contesta”. “Quiero hablar contigo”. No me atreví a abrir ninguno de ellos. Temía que su

contenido quebrase la calma que el silencio interior había traído a mi vida. El asunto del cuarto mensaje le propinó un martillazo a esa coraza haciéndola añicos.

“Tu madre ha muerto”.

Releí las cuatro palabras. Que en sí mismas parecían contener un universo repleto de espacio vacío en el que yo ahora flotaba. Encerraban una cosmogonía autocontenida en la que acababa de quedar atrapada.

“Tu madre ha muerto”.

Como si la propia frase fuese la que pusiese sus paréntesis. Creara los límites desde dentro. Impidiéndome escapar.

“Tu madre ha muerto”.

Tras una larga misión espacial, regreso a la nave nodriza.

*

Abrí los ojos con los primeros rayos de luz. La calma era total, ni una brizna de viento, ni un susurro del mar. Merlín, tendido a mi lado, seguía durmiendo, desnudo. Al contemplar su cuerpo, recuerdo que lo primero que pensé fue: ¿estaría mi marido haciendo con su amante lo mismo que yo acababa de hacer con el mío?

Con sigilo para no despertarlo me incorporé. Recogí mi ropa, repartida por entre los helechos, y me vestí. Caminé hacia la playa. Allí me esperaba un amanecer que me hizo un poco más atea de lo que ya soy. El sol, el mar y el silencio comparten una cosa: algo con ese poder no te imaginas que necesite un creador.

- *Ex-sistere*. Mantenerse afuera.

Lo supe. Ya había caminado lo suficiente. Ahora tocaba remar. Debía proseguir mi viaje, mi viaje a ninguna parte (como quizás lo son todos los viajes verdaderos), pero debía proseguirlo por mar. A lo Oskar Speck.

Me acerqué a las rocas donde Merlín había escondido el kayak. Su casco rojo era un poco estridente, me habría gustado más que fuese verde, pero me habrían gustado más tantas cosas que lo del color era lo de menos.

- Vamos allá...

Nunca antes en mi vida había robado nada, quizás por eso, mientras arrastraba el kayak hasta meterlo en el agua, empecé a

experimentar por primera vez el placer de la opción peor. El placer del error, que tiene algo de lascivo.

“¡Mierda!”.

Estaba a punto de embarcarme cuando recordé que se me olvidaba algo importante. Regresé al bosque, con mucho cuidado de que las hojas secas no me delatasen. Merlín seguía profundamente dormido. Esparcidos a su alrededor estaban el mechero, la bolsa de picadura, el huevo Kinder y el librito de papel de fumar. Lo cogí todo y justo en ese momento él se revolvió, para quedar tendido sobre la hojarasca como si fuese el hombre de Vitruvio. Pero con los ojos cerrados. Contemplé su espléndido cuerpo.

“Ex-sistere. Mantenerse afuera”.

Estuve tentada de despertarlo para despedirme. Sé que él no me hubiese impedido nada. Al contrario, sospecho que con su sueño estaba poniéndome las cosas más fáciles. Pero le dejé seguir durmiendo, en el momento de las despedidas todo se desinfla un poco. Como esa rueda que hinchas en la bicicleta algo más de lo que toca, porque sabes que al quitarle la válvula perderá un poco de aire. Nuestro encuentro había sido como debía haber sido, no era necesario decirse adiós.

Volví a la playa y monté en el kayak. Miré al frente y empecé a remar. En esta vida todo sucede por delante. Y si no sucede por delante, qué más da: ya no es de esta vida.

*

“Hola Ada. Tu madre ha muerto. El entierro será mañana en Valencia. Llámame y te concreto los detalles. Un beso”.

El correo me lo había enviado hacía diez días. Aunque lo hubiese leído a tiempo, no habría acudido a un acto que para mí no tiene ningún sentido. Le dije adiós a mi madre hace ya mucho tiempo. ¿Habría ido Iker al entierro con la esperanza de verme? Podía seguir mi rastro, saber aproximadamente dónde estaba yo localizada consultando el extracto de la tarjeta bancaria. De hecho, creo que inconscientemente lo pagaba todo con ella en lugar de en efectivo para mantener con Iker esa patética conexión. ¿Habría hecho mi marido semejante labor de espionaje? ¿Aún le interesaba su mujer lo suficiente como para tomarse esa pequeña molestia? A tenor del quinto e-mail, la respuesta a esas preguntas era un rotundo no.

“Hola Ada. Toda la documentación testamentaria de tu madre ha sido depositada en una notaría de Valencia, al final del e-mail están las señas. Tienes que pasar por allí y firmar la aceptación de herencia. También te he enviado a esa notaria los papeles del divorcio. Me hubiese gustado haber hecho esto de otro modo. Un beso”.

Sentí un puñal en mi carne, pero no la puñalada. Agredida, pero sin agresión. Este último correo era de hacía dos días. Cerré la sesión de Gmail y me levanté, sin probar ni el bocadillo ni la cerveza. Dejé sobre la barra un billete de diez euros y salí a la calle sin esperar el cambio. No había ni un alma por el pueblo. Tan solo una gaviota, un pájaro que jamás se deja ver de noche. Me miraba desde su atalaya en lo alto de un ciprés. En sus ojos me pareció estar viéndola. Escudriñándome la rotura.

“No sirves para nada. Ni tu marido te aguanta”.

Ando con más vigor para espantar la voz de mi madre. Mientras camino hacia el albergue por callejones oscuros y húmedos, intento hacer caso a los helechos: “Lo que te ha pasado es algo pequeñito. Todos los días mueren madres. Todos los días hay esposas abandonadas”. Pero aunque sea pequeñito, lo que me ha pasado es escandalosamente íntimo. Como un incendio doméstico que por mucho que te empeñes en quitarle importancia comparándolo con las miserias del mundo, no puedes evitar que te alarme más que un genocidio.

“Esto no va a poder conmigo. Debo seguir mi camino. Andar, tan solo andar y dejar que sangre...”.

Unas farolas amarillentas me iluminan. Consigo aguantar las lágrimas. Pero al ver mi sombra negra reflejada en la pared, compruebo que ella no ha sido tan fuerte. Y contemplo su llanto. La parte más oscura de mi ser no puede dejar de llorar, mientras yo y mi silencio seguimos caminando. Impertérritos.

- Señorita, la dejo pasar porque me sabe mal, pero el albergue cierra puertas a las once.

- Lo siento, gracias.

Entro en la axila donde voy a pasar la noche. Al final del día todos duermen. Da igual quién es, qué ha hecho, qué tiene. Al final del día todos duermen. Incluso yo. Cierro los ojos y tan solo veo helechos. Y una gaviota anidando entre ellos.

No puedes ser un hijo y no acarrear una herida. Cada uno de los días de su vida mi madre lo dedicó a que yo no pudiese olvidar que había venido a este mundo para sustituir a mi hermana muerta. Esa es la mía. Mi herida. La que arrastro desde que nací. La personalidad es una criatura muy estable...

Se llamaba Hada, con hache. Yo no la conocí, murió en un accidente de tráfico cuando tenía once años, mis padres la tuvieron siendo aún muy jóvenes. Conducía mi madre, y la culpa no fue suya (el otro conductor iba borracho), pero a raíz de lo sucedido ya nunca fue capaz de sentarse tras un volante.

Supongo que es normal.

Lo que no es tan normal es que me vistiese con su ropa. Lo que no es tan normal es que el día del cumpleaños de mi hermana me hiciese soplar las velas del pastel de una muerta. Lo que no es tan normal es que se empeñase en ponerme el mismo nombre (suprimió la hache tan solo para no incumplir la ley, que te impide bautizar a dos hijos con el mismo nombre y apellidos). Lo que no es tan normal es que mantuviese su habitación intacta como un relicario, y que ese relicario fuese también mi cuarto de niña, donde crecí acompañada de un fantasma.

- ¿Dónde está ahora Hada?

Mi madre me concibió pensando que estábamos hechas la una de la otra. Como si cualquier fallo en mí se pudiese solucionar cogiendo un repuesto de mi hermana, y viceversa. En plan desguace familiar. Y así es como consiguió que yo me sintiese chatarra.

- ¿Dónde está ahora Hada?

Papá veía mi debacle, pero no tuvo el coraje de cambiar las cosas. La muerte de Hada le fulminó la audacia. Me crio con alegría, pero sin valor. Yo hubiese preferido lo contrario, y seguramente él también.

- ¿Dónde está ahora Hada?

- ¿Dónde crees tú que está?

- Pues... un poco aquí, en su cuarto... un poco dentro de mí... y un poco en el cielo.

Papá sonríe y me da el beso de buenas noches. Lentamente se escabulle tras la raya de luz sin decir nada.

Al morir él y esfumarse su presencia benigna, la convivencia con mi madre se hizo insufrible. Cuando te obligan a competir con un recuerdo congelado en el tiempo que no puede cometer errores dada su inmovilidad, la frustración es abrumadora. Esos años los viví como una auténtica pesadilla. Ahí empezó mi anorexia.

“¿Dónde está ahora Hada?”.

Mis sentimientos hacia mi hermana son ambiguos. No puedo quererla, nunca la conocí. Tampoco puedo odiarla, a pesar de que la presencia de toda esa ausencia me robó mi individualidad. Me transformó en *la sustituta*.

¿Qué es entonces ella para mí?

Tan solo un alma difusa extraviada en un páramo de melancolía.

Cuando me fui a vivir a San Sebastián con Iker el contacto con mi madre se suprimió de golpe. Yo no quería saber nada de ella, y ella tenía suficiente compañía con el cementerio que llevaba dentro. A través de Teresa supe que estaba degenerando a pasos agigantados, el Alzheimer no tardó en convertirla en un muñeco de trapo. Cuando regresé a Valencia para gestionar su ingreso en una residencia, al verme, pronunció mi nombre. Solo eso. Pero con hache, estoy segura. Para que luego digan que esa letra es muda.

Ha muerto y aún siento miedo. Ella sigue estando en mí, viviendo a través de mí. De los padres no se puede escapar, como no se puede escapar del oxígeno. Ni lo percibes, ni eres consciente de su influencia, pero él te rodea por todas partes. Se mete hasta lo más íntimo de tu ser, corpuscularmente, y cuando es de mala calidad, te mata desde dentro. Eso es lo que me asusta...

¿Tengo derecho a decir que mi madre me anuló como persona?!
¿Tengo derecho a decir que su relación con sus dos hijas fue enfermiza?! No lo sé... ¿Tengo derecho a decir que una madre debe acunar, debe cantar, debe susurrar cosas tiernas? ¿Estoy siendo

injusta? ¿Estoy demonizando a una mujer destrozada porque se creía responsable de haber matado a su propia hija de once años?

Esas dudas aún me hacen sentir más atrapada en ella. La relación con mi madre me recuerda a los grandes imperios: ellos lo crearon todo, incluidos los marcos conceptuales desde los que los juzgamos. Criticamos la barbarie romana, pero la criticamos en un idioma que nos dieron los romanos, con unos valores culturales romanos, conviviendo gracias a unas leyes básicamente romanas. ¿Con qué objetividad puedo yo juzgar a mi madre, si mi aparato juzgador lo diseñó ella?

*

En el compartimento estanco del kayak de Merlín encontré un saco de dormir, una tienda de campaña Quetchua modelo iglú, una linterna *waterproof* y un machete con hoja de treinta centímetros envainada en una funda con estampado de camuflaje. Gracias a todo eso, por las noches ya no tuve que acudir a los albergues. En cuanto empezaba a ponerse el sol buscaba alguna playa solitaria o una calita recóndita entre acantilados, a ser posible sin posibilidades de acceso terrestre. Incluso pernocté en islotes cercanos a la costa en los que sabía que nadie me molestaría en toda la noche. Eso acrecentó mi soledad, y en paralelo, la fortaleza de mi silencio interior. Nunca perdía de vista la costa, pero, aparte de para dormir, tan solo me acercaba a ella cuando necesitaba reponer víveres. También lo hacía muy de vez en cuando para pagar en algún camping el derecho a ducharme y lavar la ropa. Esto último ocurrió pocas veces, no porque yo me hubiese vuelto una mujer desaseada (nunca lo he sido), sino porque aprovechaba la desembocadura de cualquier riachuelo cuya agua me pareciese fresca y limpia para zambullirme en ella y así desprenderme del salobre marino.

En cuanto nos embarcamos, la vida se ve desde otra perspectiva. Les pasó a los primeros navegantes y nos pasa a nosotros, incluso a bordo de un humilde kayak. Desde el mar ves la costa como si fuese un decorado, especialmente los pueblos y ciudades contruidos por el hombre, que te parecen escenarios teatrales en los que transcurrirá el carnaval de la vida tan solo mientras dure la representación. Porque en cualquier momento el mar puede engullir toda esa insignificancia. Tal vez por eso, al meter cada mañana el kayak en el agua,

abandonando tierra firme, no podía evitar recordar el juego que me enseñó papá visitando museos: estar en los dos lados del cuadro. Subida en mi pequeña embarcación (utilizo el posesivo sin ningún ánimo de escarnio hacia Merlín) me sentía una isla que observaba con compasión y cierto desdén el continente.

¿Estaría metamorfoseándome en Gran Bretaña?

Durante los dos meses que duró mi travesía, casi nunca supe dónde me encontraba (la única pista que tenía eran accidentes geográficos significativos: la desembocadura del Tajo en Lisboa, el peñón de Gibraltar...; por suerte, la geografía nunca fue mi fuerte). Con toda la intención, cuando entraba en algún ultramarino de un pueblecito costero o en un supermercado de playa, jamás preguntaba el nombre de la población. Solo supe que abandoné Galicia para entrar en Portugal por el acento que escuchaba y el etiquetado de los productos que me comía, y lo mismo me pasó cuando dejé atrás el Algarve para costear Andalucía. En el mar, las fronteras se esfuman, y esa sensación de no pertenencia me aproximaba peligrosamente al precipicio de la libertad.

Por suerte, el buen tiempo me acompañó durante todo el viaje. Tan solo una noche tuve que refugiarme atolondrada por culpa de un temporal repentino. Gracias a esa tormenta de verano, pude contemplar sentada sobre la arena a la luz de la luna el estallido de las olas más grandes del mundo. Fue en la playa de Nazaret. El mar rajaba su vientre frente a mí, transformándome en un personaje de una estampa japonesa de Katsushika Hokusai. Alguien dijo que el arte es una herida hecha luz. Debería haber añadido que también es una herida hecha espuma.

Mi entrenamiento en traineras me permitió pasarme esos dos meses remando diez horas al día sin lesionarme ni sufrir ningún problema físico, y podría haber seguido indefinidamente hasta darle la vuelta al Mediterráneo, o al mundo entero, de no haber sucedido lo que sucedió.

Lo que iba a cambiar mi vida de arriba abajo.

En el club ya me había embarcado más de una vez en un kayak por diversión, con lo que mi técnica no era perfecta pero sí más que aceptable. Conseguía un balanceo mínimo, y cuando el mar estaba un poco picado, sabía cómo bailar con las olas.

¿De dónde viene la obsesión por deslizarse que compartimos casi todos los seres humanos?

Sobre el mar en un kayak, con los esquíes en la nieve, por el cielo en ala delta, sobre patines encima del asfalto o del hielo...

¿Qué nos hace experimentar tanto placer cuando los átomos y moléculas no friccionan sino que resbalan unos sobre otros?

En esos dos meses creo que fue esa sensación permanente de fluir la que ayudó a que, poco a poco, mi memoria dejase de penetrar en los recuerdos para deslizarse sobre ellos, al igual que mi kayak se deslizaba sobre el agua. Sin querer romperla, sin querer vencerla. Tan solo intentando aprovechar su naturaleza líquida y maleable.

Saber escuchar el silencio de los helechos. A eso aspiro.

El día que todo cambió, también cambió el tiempo. En cuanto desperté advertí que el verano meteorológico había acabado: unas nubes que amenazaban lluvia cubrían la bahía. Podía sentirme afortunada, estábamos a mediados de octubre y tras casi dos meses remando tan solo me habían caído encima un par de chaparrones. La luz, el olor del aire, la temperatura, el color del mar. Todo indicaba que el otoño había llegado, con cuatro semanas de retraso respecto a su cita en el calendario.

Cuando abrí los ojos aún llevaba prendidos a la conciencia los restos del sueño que durante toda la noche me había estado persiguiendo. Imágenes extrañas, que recuerdo bien porque gracias a ellas era la primera vez desde mi salida de San Sebastián que no soñaba con Iker. Su sustituto había sido nada menos que Silvio Berlusconi: una gigantesca fotografía del ex-presidente italiano me perseguía desde el cielo pegada a la panza de un zeppelin. Por mucho que remase, levantaba la cabeza y siempre tenía sobre mí ese monumental retrato colgado en el aire, muy sonriente, mirándome y parpadeando a pesar de ser una fotografía. Estoy convencida de que mi mente creó algo tan surrealista por culpa de los estímulos con los que la alimenté antes de acostarme: había pasado la noche en el islote deshabitado que hay justo enfrente de la gran bahía de Benidorm, por lo que metida en mi saco de dormir concilié el sueño rodeada de naturaleza y soledad, pero contemplando el *skyline* nocturno de una de las ciudades más *kitsch* que conozco.

Desayuné un par de Donuts de chocolate y medio cartón de leche contemplando a lo lejos la silueta de las grúas, que como mantis religiosas, devoraban el paisaje. Tras lavarme los dientes metí el kayak

en el agua y oteé aquel cielo color panza de burra, que me aplastaba contra el suelo volviéndome muy pequeñita. Para compensar toda esa pesadez arranqué unas florecillas de la mata del manto de la virgen que crecía en una rocalla próxima, anudando el ramillete al extremo de la proa. Así, mientras remaba, lo tendría siempre frente a mí, a la vista. Sus tonalidades lilas me resultaban muy acogedoras.

Toda la jornada el cielo permaneció encapotado, pero sin soltar una gota de agua. A cambió, cargó el ambiente de una humedad tan maciza que aplanó el mar hasta transformarlo en una balsa de mercurio. Los acantilados que lo festoneaban, por contraste, parecían oxidados. Remar en medio de aquella calma densa, frente a los farallones de la Sierra Gelada, fue como hacerlo en los mares subterráneos que imaginaba de niña leyendo a Julio Verne.

Por primera vez desde que inicié mi viaje, conocía la costa frente a la que navegaba. De niña el verano siempre lo había pasado en la ciudad de Valencia; como ya dije, en casa no teníamos dinero para salir de vacaciones. Por eso papá y yo, en esos días en los que la calima abatía la ciudad hasta volverla yute, nos montábamos en el coche para irnos de excursión a la playa, y sus preferidas eran las de la zona de Calpe y Moraira. Reencontrarme con el peñón de Ifach fue como reencontrarme con un viejo amigo. Aquel inmenso supositorio de pura roca parecía haber sido lanzado desde el espacio, hincándose en el mar con una violencia apocalíptica que tan solo eones de tiempo habían conseguido apaciguar.

Gracias a la absoluta quietud del agua, remé pegada a la base del peñón, para poder apreciar cómo aquel paredón se prolongaba bajo la superficie del mar, transformándose en algo infinitamente lento y siniestro... Alcé la cabeza. ¿Estaría Berlusconi observándome? No, ningún zeppelin se atisbaba en aquel cielo gris. Aproveché para escudriñar la cima del peñón. Yo había estado allí arriba con papá. Un día de agosto, asfixiante, trepamos por la senda que lleva a su cúspide. Lo mismo había hecho con Iker quince años después, siendo novios. Y ahora volvía a contemplar aquella cumbre, esta vez desde muy abajo. Desde muy adentro. Desde mi silencio. Dejé de remar. La sombra de un pulpo cruzó el casco del kayak. El filósofo que dijo que el tiempo no es sino la distancia entre nuestros recuerdos, era un tipo muy listo.

Reemprendí mi camino intentando que la delicadeza de las flores que decoraban mi proa suavizase las heridas. El lila, además de

acogedor, siempre me ha parecido un color balsámico. Pero no ayudaba el que la costa que desfilaba ante mí fuese tan escarpada. Aquellos acantilados de más de cien metros, descarnados, sentía que se abrazaban sobre mí con aire amenazador. Intenté convencerme de que esa agresividad era una percepción mía originada por lo sombrío del día y lo sombrío de mi ánimo. A pesar de desplegar todas mis herramientas de pensamiento positivo, la jornada transcurrió en una atmósfera inquietante.

Serían las seis de la tarde cuando observé, en la base de uno de esos paredones de roca viva, una oquedad en la que se adentraba el mar. Hacía ya horas que había perdido de vista cualquier referencia geográfica que me ayudase a posicionarme, no sabía siquiera si seguía costeano Alicante o ya estaba frente a la provincia de Valencia. Pronto anochecería, debía buscar lugar donde dormir. Detuve mis paladas frente a la boca de la cueva, que parecía un imbornal por el que desaguaba el océano negro. Observé los acantilados; se sumergían en la bruma tanto en una dirección como en otra. Aquellos farallones eran el muro de *Juego de Tronos*. Fríos, inexpugnables. ¿Y si llegaba la oscuridad y no encontraba en ellos ninguna cala donde refugiarme para pasar la noche? *Winter is coming*. La perspectiva de remar rodeada de negritud en aquel reino de gigantes me asustó. Y me volvió prudente, por lo que enfilé la proa del kayak hacia la gruta. Como el mar entraba en ella podría comprobar, sin necesidad de desembarcar, si en su interior había posibilidad de cobijarme en lugar seco y seguro.

En cuanto atravesé la arcada de roca el día ceniciento se volvió aún más tenebroso. Allí dentro la escasa luz del sol penetraba con dificultad, por lo que solo se intuían los contornos. Dejé de remar para permitir que el kayak se deslizase gracias a la inercia en aquel lago interior, tajando las sombras a su paso. Olía a humedad prehistórica, olía como huele el útero de una montaña. Aquel vientre inmenso estaba sostenido por una bóveda de piedra que se alzaba a gran altura sobre mi cabeza. El mar lo encharcaba por completo, pero se observaban aquí y allá manchas en las paredes aún más negras, que no podían ser otra cosa que cámaras y recovecos de la gran sala. Por estar a mayor altura, parecían lugares adecuados para pasar la noche a salvo del agua. Remé hasta una de esas capillas laterales y desembarqué. El suelo era frío y duro, pero estaba seco. Como el Mediterráneo prácticamente no tiene mareas, era muy improbable que si dormía allí durante la noche me llevase un susto, a no ser que

estallase una tormenta violenta, cosa extraña teniendo en cuenta la calma color moradura que había reinado durante toda la jornada.

Saqué el kayak del agua y me acomodé en mi improvisada hornacina, para contemplar toda aquella serenidad construida por la naturaleza. La boca de la gruta, contrailuminada por la escasa luz exterior, dibujaba una arcada negra y sólida que parecía sostener por sí sola el acantilado. Respiré hondo, intentando olvidar los millones de toneladas de roca que sobrevolaban mi cabeza, pero el aire que penetró en mí parecía tan consciente como yo de todo ese peso.

Encendí la linterna para poder abrir un bote de fabada *Litoral*. Una vez acabada la operación, y con la cuchara ya en la mano, volví a apagarla. Cené a tientas, suspendida en aquella oscuridad casi tan espesa como las alubias que estaba ingiriendo. Me sentía uno de esos primeros *homo sapiens* que llegaron a Europa en busca de mejores territorios de caza. ¿Me asaltarían a mitad noche una horda de neandertales reclamando lo que era suyo, reclamando su cueva? Con aquellas extrañas ideas en la cabeza me metí en el saco de dormir dispuesta a conciliar el sueño. Estaba agotada, y en aquel agujero el silencio era absoluto, mineral...

Un violento aleteo me sobresaltó. Atemorizada, encendí la linterna y enfoqué con ella la bóveda de la gruta. Una bandada de murciélagos se precipitaba hacia la arcada de acceso, cuyo contraluz los silueteaba en pleno vuelo, construyendo un fotograma digno de Nosferatu. Sin embargo, aquella estampa siniestra a mí me pareció más bien épica: Batman siempre ha sido mi superhéroe favorito.

Cuando iba a apagar la linterna para volver a cerrar los ojos, el haz de luz iluminó por casualidad un rincón de la cueva. Mi mano detuvo allí el foco, llena de curiosidad. La piedra descarnada había sido sustituida por unas estructuras cúbicas, como si en aquella zona la roca se hubiese tallado a pico y cincel. Paseé el cañón de luz por diferentes áreas, repitiéndose el fenómeno aquí y allá: el granito adoptaba formas geométricas más propias de un picapedrero que de la naturaleza. Era obvio que la gruta, en otro tiempo, había sido utilizada como cantera.

“Menuda maravilla... y lo mejor es que no sé ni dónde estoy”. Cuando días después me dijeron que aquella caverna era la Cova Tallada, el nombre me pareció perfecto. “Esto es una preciosidad”.

Mientras enfocaba con la linterna descubriendo nuevos rincones, encendí el cigarrillo que había liado hacía semanas con la última

marihuana de Merlín que me quedaba. Lo guardaba para una ocasión especial, y aquel lugar lo merecía. Entre calada y calada, el porro y yo echamos a volar la imaginación... me parecía estar viendo barcazas medievales que accedían a la cueva para acarrear sillares de granito destinados a construir catedrales... pero esos picapedreros no eran conscientes de que extrayendo la roca, el vacío que creaban también construía aquella catedral que yo ahora disfrutaba... Y así, pensando en templos macizos y en templos huecos, fue como me quedé dormida.

- ¿Por qué?!

Mi alarido reverberó en cada esquina de la mole negra, viniéndome devuelto multiplicado por mil. Sudaba a mares, a pesar de que allí dentro hacía fresco y el saco de dormir estaba abierto. Incorporada, miraba en todas direcciones, sin saber dónde me hallaba. La pila de la linterna debía de haberse agotado: aunque me había dormido con ella encendida, ahora estaba apagada.

- ¿Por qué?

Esta vez tan solo se lo susurré. A la imagen de Iker, que flotaba ante mis ojos, como había flotado en mi sueño unos segundos antes.

- ¿Por qué?

Él ya no me admiraba. Y yo quería saber la razón. Pero mi marido me contemplaba sin pronunciar palabra, flotando sobre el agua en medio de la gran sala con las piernas cruzadas, como si fuese un faquir en plena levitación pero vestido a la europea. Se limitó a sonreírme. Unos segundos después, empezó a silbar una melodía de jazz que no conseguí identificar.

- ¿Por qué?

Iker seguía negándose a responder, tan solo silbaba. Él es de esas personas que, como el fuego, embelesa, atrae, ilumina, quema... y no tienen sombra.

- ¿Por qué? Respóndeme, por favor...

Ante su indiferencia, una lenta impaciencia se fue apoderando de mí, poco a poco. Y rompí a llorar. Lloré todo lo que no había llorado en los últimos tres meses. Lloré ríos de pena y rabia, y frustración. Lloré durante un tiempo que soy incapaz de precisar.

- ¿Por qué ya no me admiras?!

Se me estaba acelerando el corazón por segundos. Sentía todo el peso de la montaña sobre mí, toda esa opresión ejerciendo su fuerza, exprimiendo mis lágrimas como una prensa exprime el vino en el

lagar. Tenía que salir de allí, toda yo era pánico. Si no escapaba cuanto antes, el acantilado entero me sepultaría viva, para siempre. Y mi marido, allí presente, estaba segura de que no movería ni un dedo por salvarme.

- Eres un...

Por supuesto, ahora sé que estaba sufriendo un fuerte ataque de pánico, seguramente acrecentado por un mal viaje de marihuana (o aún peor, de fabada). Mi yo racional y mi silencio interior me habían abandonado, por lo que en esos instantes tan solo podía responder a mis instintos más primarios.

- ¡Eres un maldito hijo de la gran puta!

Se lo dije a Iker (que seguía silbando en medio del lago interior de la cueva) mientras metía el kayak dentro del agua, recogía mis cosas a trompicones y embarcaba. Debía de haber dormido apenas media hora, porque la boca de entrada a la gruta aún emitía una ligera luz. Empecé a remar frenéticamente hacia ella, a la vez que lloraba. En cuanto dejé atrás la imagen de mi marido, también dejé de escuchar sus silbidos.

- Adiós, cariño.

Al oír la despedida, giré la cabeza, pero su figura ya se había desvanecido.

- Adiós, cabronazo.

Mis paladas furiosas no tardaron en sacarme de allí. Al salir a mar abierto, el pánico se acrecentó varios enteros: la ligera bruma que se desplegaba sobre el agua cuando entré en la cueva, se había transformado en una niebla tan pesada y grumosa como mi dolor. Dejé de remar, asustada ante la sensación de impulsarme contra un muro. Ni siquiera podía ver el ramillete de flores atado al extremo de mi proa. Miré en todas direcciones: la cueva y los acantilados se habían esfumado tras la niebla. Cerré los ojos para intentar hacer desaparecer toda aquella pesadilla, pero las lágrimas me los abrieron a la fuerza. Como si hiciesen palanca desde dentro.

- ¿Por qué?!

Aquel algodón sombrío absorbió mi bramido, indiferente. El ataque de ansiedad cobraba vigor por segundos. Arranqué a remar de nuevo, con saña redoblada. A la velocidad a la que me deslizaba sobre aquella balsa de aceite, si chocaba contra los acantilados podía acabar malherida. Pero no me importaba. Tan solo quería remar y llorar, hundirme más y más adentro en aquel huevo hilado parduzco que me

impedía siquiera ver el extremo de mi remo. El extremo de mi impotencia.

- ¡¿Por qué?!

Añoraba que el cráneo me estallase contra las rocas con la siguiente palada, y ver así mis sesos flotando sobre el mar. Sumergida en aquella locura debí de permanecer no menos de quince minutos, porque recuerdo que el gris esponjoso que almohadillaba mi realidad mudó a negro conforme la noche se cerró entorno a mí. Pero yo seguía remando como si en ello me fuese la vida. O la muerte.

- ¡Mátame! ¡Dios, si existes mátame!

Mi plegaria produjo un resultado de inmediato. Pero en lugar del chasquido de mis huesos contra el acantilado, lo que escuché fue a la proa sumergiéndose en un susurro de grava. El frenazo había sido brusco pero no violento. Detuvo mi kayak y detuvo mi llanto.

Con precaución solté la mano derecha del remo y palpé fuera del casco: no encontré agua. Estaba varada en una orilla de cantos rodados. Podía ser una calita de escasos metros o una playa de tres kilómetros, no había manera de saberlo en medio de aquella niebla y de aquella noche. Desembarqué y me alejé del kayak, sin preocuparme en sacarlo del mar. Giraba sobre mí misma, me sentía desorientada, atrapada en la boca de un lobo que exhalaba bruma, negrura, humedad.

- Tengo que salir de aquí, tengo que salir de aquí...

Seguía en estado de pánico. Tal vez por eso olvidé coger del compartimento estanco del kayak la linterna y el machete. A tientas caminé en la dirección opuesta a la orilla, pero no había avanzado ni diez metros cuando me topé con una pared de rocalla. Alcé la cabeza: en medio de la niebla, un halo de luz difusa parecía coronar a un santo. Caí sobre mis rodillas, y entre lágrimas, recé.

- Sácame de aquí... por favor, sácame de aquí...

El milagro se obró. No fue muy sofisticado, bastó con aguzar un poco la vista: aquello no era una aparición. Encima de la rocalla había un paseo marítimo, y esa esfera de luz no era más que una farola encendida.

*

La nostalgia a veces escapa de su relojería para buscarme y apretar mis clavijas. Recuerdo con gran viveza el día que aterrizamos en

Japón. A papá le hacía una ilusión terrible que nuestra primera comida fuese en el paraíso del *ramen*, su plato y mi plato preferido. Por eso desde Narita, en lugar de ir a Tokio como suelen hacer todos los turistas, tomamos directamente un tren a Kitakata. Atravesando arrozales infinitos, montada en el *shinkansen*, me inundaba la calma a pesar de ser una niña que visitaba por primera vez el país de sus sueños subida en un tren que volaba a trescientos kilómetros por hora. ¿A qué era debida tanta serenidad? A ellas. No podía dejar de observar a las japonesas. Su otredad natural las convertía en seres de una belleza fantástica. Me sentía una ornitóloga contemplando pájaros hermosos. Aves del paraíso. Había nacido en España, pero aquel era mi verdadero hogar. El lugar donde yo encajaba. Me bastaron unas pocas horas para tener esa certeza.

- Deja de mirar tan fijamente a la gente. Es de mala educación.
- Lo siento, mamá. Pero es que te has fijado en que...
- No me repliques. Eso aún es de peor educación.

Había pedido respeto, pero como pasa casi siempre, en realidad lo que me exigía era silencio.

- El caldero no se ha apagado desde hace sesenta años. Cuando yo no estoy, hay siempre un encargado de echar leña al fuego y remover la sopa, día y noche. Conforme vamos sirviendo raciones de *ramen*, se van reponiendo los ingredientes, siempre de primera calidad... pero el secreto de nuestro sabor incomparable está en que este caldero de hierro colado lleva rebullendo al fuego de leña desde hace más de sesenta años... y haría seiscientos de no ser por las dos grandes bombas, que lo detuvieron todo. Incluido el tiempo.

Nuestro guía traducía las palabras que aquella anciana matusalémica iba pronunciando con la misma cadencia pausada con la que removía el enorme puchero.

- Tomarte un cuenco de buen *ramen* es como contemplar una puesta de sol. El ocaso es un espectáculo que dura media hora, pero para verlo de verdad, para sumergirte en él hasta el fondo, hace falta toda una vida previa. Por eso a los jóvenes el acceso a la auténtica belleza... y al auténtico sabor... les está vedado.

Éramos un grupo de veinte turistas, pero la anciana pronunció esas palabras mirando a mi padre. Creo que gracias a sus más de cien años, o a las dos grandes bombas, era capaz de ver la pena luminosa que él irradiaba. Yo soy un gato. Mamá una gaviota. Hada un fantasma. ¿Qué era papá?

- Creo que me ha sentado mal el *ramen*.
- No haberte comido tres platos.
- Estaba tan bueno... bajaré a recepción a ver si tienen bicarbonato.
- ¡Te acompaño, papí! En el diccionario dice que en japonés bicarbonato se dice *juso*.

Esa noche, en el hotel, empezaron los primeros síntomas. Había llegado el tiempo del dolor, pero nadie salió a la puerta a recibirlo. Como si pensásemos que ignorando sus timbrazos, acabaría por cansarse y se daría la vuelta por donde había venido. Qué inocentes éramos aún...

- El *kintsugi* es el arte japonés que repara uniendo con oro las piezas rotas de cerámica. Es una tarea compleja, que produce piezas de mayor valor que las originales, porque, según su filosofía, la riqueza de un objeto reside en mostrar su historia a través de sus roturas y reparaciones... en eso se parece mucho a criar hijos: romper y reparar con hilos de oro, romper y reparar con hilos de oro, una y otra vez.

Cuando aterrizamos en Valencia papá tuvo que ir al lavabo en el aeropuerto. Después de diez minutos esperándole en la puerta, al final mi madre se decidió a entrar en el servicio de caballeros. Papá se había desmayado sentado en la taza. Aún me parece estar viendo la loza blanca, inmaculada, y en su fondo un círculo de sangre. Tenía frente a mí un *hinomaru*. La bandera del Japón más siniestra que hubiese podido imaginar. Llegaron los camilleros y se llevaron a papá aún inconsciente. Lo ingresaron en La Fe, y allí se pasaría el último año de su vida.

- Cariño, ya me voy. Mañana cuando vengas no estaré.
- ¿Dónde te vas?
- Me voy a hacerle compañía a Hada...

Estaba muy débil. Su cuerpo era tan solo piel y huesos. Los médicos querían prolongarle la agonía, pero él supo desde el primer momento lo que otros enfermos tardan mucho en aprender: la única manera de descansar, es pelear. O rendirse.

- No, papá... por favor... no me dejes. ¿Qué será de mí sin ti? Me da miedo el futuro...

Estábamos solos en la habitación. Él me cogió la mano. Hablaba ya con mucha dificultad, por lo que tuve que acercarme para entender sus palabras.

- ¿Recuerdas... recuerdas lo que nos contó aquella pintora tan simpática? La conocimos cuando hicimos la visita al departamento de restauración del Museo del Prado.

Por toda respuesta, sollocé.

- Deja de llorar y haz memoria. Tienes que acordarte... Tú estabas maravillada al ver un vaso de cristal en el cuadro que ella estaba restaurando.

- Sí... me acuerdo.

- ¿Qué te respondió cuando le preguntaste cómo era posible pintar algo que es transparente?

- Me dijo que la mejor manera de pintar el vidrio es no intentar pintarlo.

- Eso es... - tosió, desinflándose un poco más -. Te dijo que los grandes artistas, cuando quieren representar un vaso tan hermoso como el de aquel cuadro, se limitan a coger un modelo real y pintar lo que ven: cada línea, cada mancha de luz, cada reflejo, cada color. Y poco a poco, si te limitas a pintar lo que ves, pintar cada elemento por separado sin intentar unirlo ni en tu mente ni en tu pincel, el vidrio va apareciendo ante tus ojos, sobre el lienzo, de modo mágico.

Yo tan solo asentí, entre lágrimas. Él añadió unas palabras más. Las últimas que escuché de su boca.

- Piensa en tu futuro como si fuese cristal... cristal que quieres pintar en un cuadro.

Murió esa noche. Al darme mi madre la noticia fue como si el centro de gravedad que llevamos dentro saliese de mi cuerpo. Como si todo pivotara alrededor de lo ajeno, no de lo propio. Pasaron los días y yo seguía sintiéndome así, como una gimnasta torpe que no es capaz de hacer sus ejercicios porque no controla el vórtice de su energía: si no recuperaba mi centro de gravedad, y conseguía clavarlo de nuevo dentro de mí misma, nunca podría salir del pozo. El dolor lo inundaba todo, pero, ¿acaso ese árbol del parque había sido también hecho con dolor? ¿El surtidor de gasolina metía en el depósito de ese coche dolor? ¿Los cruasanes del desayuno habían sido amasados con dolor? No, el mundo era algo mucho más grande que mi dolor, pero yo aún no sabía eso. No sabía que si eres capaz de salir de ti mismo, si eres capaz de observarte desde fuera, descubres que hay cosas mucho más trágicas que tu sufrimiento.

Trepé atolondrada los tres o cuatro metros de rocalla que me separaban del paseo marítimo. Aunque ese nombre tal vez le viniese grande a aquella senda empedrada que serpenteaba entre el mar y los jardines de lo que parecían ser viejas casonas de veraneo, cuyas siluetas se intuían tras la niebla. No se veía en su interior ninguna luz encendida, a aquellas alturas del otoño lo más probable es que estuviesen deshabitadas. Tan solo las farolas del paseo irradiaban algo de calidez a aquel paisaje fantasmal.

- Cálmate, respira hondo y cálmate...

Al verme fuera del mar y en un lugar umbroso pero de apariencia civilizada, mi ritmo cardíaco se fue ralentizando. El ataque de ansiedad remitía, pero muy poco a poco. Seguía sintiéndome muy alterada, con escaso control sobre mis acciones, y esa conciencia de imprevisibilidad creaba un círculo vicioso que debía romper de algún modo. El único que se me ocurrió fue la actividad física: metí las manos en los bolsillos de la chaqueta de chándal, me calé la capucha y empecé a caminar con el vigor maniaco de una yonki con síndrome de abstinencia.

A pesar de seguir la senda empedrada, parecía vagar por un laberinto. Asustada, perdida. Y lo más terrible era entender que el laberinto estaba dentro de mí. Al igual que Hansel y Gretel pretendían orientarse en el bosque buscando la siguiente miguita de pan, yo lo hacía buscando desesperada la siguiente bombilla encendida de las farolas del paseo. Así era mi miedo, arcaico, originario. Salido de un cuento infantil. Pero algo me diferenciaba de Hansel y Gretel: ellos querían encontrar el camino de vuelta a casa; yo no tenía ni idea qué

era lo que quería encontrar. Con la perspectiva que da el tiempo, ahora sé que ese andar frenético tan solo buscaba una cosa. ¿Recuperar a mi marido? No. Recuperar mi silencio interior. ¿Qué se había hecho de él?

- El Pegolí. Arroces y mariscos.

Durante mi caminata no me tropecé con nadie. A la derecha siempre había tenido el mar, a la izquierda siluetas de chalets moribundos. Aquel restaurante rompía la monotonía: erguido sobre la rocalla, desafiaba la oscuridad de las aguas abalanzándose contra ellas. Me asomé a uno de sus ventanales. No se veía luz ni movimiento en el interior del local. Sobre el cristal había pegado un cartel.

“El lunes cerrado por descanso del personal”.

Al menos ya sabía en qué día de la semana me hallaba, desde hacía tres meses ese dato me había resultado irrelevante. Iba a reemprender mi marcha hacia ninguna parte cuando advertí que frente a la puerta del restaurante arrancaba un caminito que se zambullía tierra adentro. Decidí aventurarme, quizás si me alejaba del mar la niebla se volvería menos espesa. Esa idea recuerdo que me tranquilizó, por lo que mis piernas no dudaron en tomar aquella senda, que también estaba custodiada por jardines de pinos antiguos. Casas con solera donde la burguesía de otros tiempos había pasado veranos ociosos e interminables... Por asalto, la imagen de Iker retozando con otra mujer en una piscina se dibuja en mi mente.

Hay causas que retornan sobre sí mismas.

La intensificación del dolor ante semejante visión densifica la niebla en torno a mí. La vuelve manteca, impidiéndome vislumbrar qué es lo correcto y qué lo incorrecto.

- Palau Verd. Hotel.

A la derecha del camino el discreto cartel iluminado captó mi atención. Hubiese sido imposible no reparar en él en medio de aquella negrura nebulosa. Me asomé a la cancela y a través de su herrería observé el establecimiento. Se trataba de una parcela irregular y ajardinada, parecida a todas las otras, con la importante diferencia de que una serie de farales inteligentemente distribuidos emitían luces indirectas que dejaban atisbar el interior de la propiedad. En su centro, frente a mí, una casona decimonónica se erguía con sutil elegancia. El nombre del hotel era perfecto: aquel palacete era verde. Su fachada estaba alicatada con azulejos aceitunados, y la techumbre a cuatro aguas cubierta de tejas cerámicas del mismo color. El conjunto

constituía una curiosa hibridación entre una alquería de huertanos valencianos ricos y la casa de campo de un lord inglés algo excéntrico. Sin duda, no dejaba indiferente. Supuraba un atractivo insidioso. ¿Sería aquella la cabaña de mazapán y chocolate donde vivía la bruja malvada que pretendía zamparse a Hansel y Gretel? Solo había un modo de averiguarlo.

*

- Ho... hola, buenas noches.

- Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarla?

-...

- ¿Se encuentra usted bien?

- Necesito... necesito una habitación. Para pasar... para pasar la noche.

En mi estado anímico, y tras semanas sin conversar con nadie, no me resultó sencillo articular la frase. La barrera que separa el mundo interior del mundo social es como el hielo en la superficie del lago: va fraguando más y más conforme avanza el invierno. Los esquimales imprudentes que no lo pican de vez en cuando, llega un momento en el que ya no pueden pescar.

- ¿Una habitación?

El recepcionista, de pie tras el mostrador, alzó el mentón y sonrió. Pero el gesto fue falso. Los labios lo habían intentado fingir con bastante acierto, pero una mirada huraña desbarató el artificio.

- Sí... una habitación. Por favor.

- ¿Tenía usted reserva?

- No.

- En ese caso mucho me temo que...

Me había equivocado, el desdén en su mirada era en realidad desaprobación: en mi estado de nervios, había olvidado retirarme la capucha de la chaqueta del chándal. En una noche como aquella debí de parecerle una adicta a la metadona que viene de atracar una farmacia.

- Se... se lo suplico - me descubrí la cabeza y aseeé un poco mi cabello, pero me fue imposible dejar de hablar con lengua de trapo; había sido una esquimal imprudente -. Es... es una emergencia, necesito una habitación donde descansar.

Me tiritaba la voz. La perspectiva de no poder cobijar en algún lugar seguro toda la fragilidad que sentía dentro de mí aquella noche, me aterrorizaba.

- Veré que puedo hacer.

- Se lo... se lo agradezco mucho.

- Ha tenido suerte - tecleaba en el ordenador, pero a todas luces se trataba de una cobertura a su negativa inicial: en un hotel tan pequeño como aquel un recepcionista tenía que ser mongólico para no recordar si le quedaba alguna habitación libre -. La 218 fue desocupada hace un par de horas. Pero lamentablemente la camarera de piso se ha ido ya, la habitación no estará arreglada hasta mañana a las diez...

- No me importa... me... me sirve - intenté disimular la explosión de purpurina en mi pecho.

- Pero las sábanas han sido usadas por el anterior huésped, y el cuarto de baño...

- De verdad, no... no pasa nada.

- Esto es muy irregular. ¿Está usted segura de que desea alojarse en una habitación que no ha sido convenientemente aseada?

Si hubiese sabido dónde había estado durmiendo yo los últimos tres meses, no habría formulado esa pregunta.

- Completamente segura.

Me observó.

- Está bien... - y entonces sus labios adoptaron una forma muy particular - usted gana.

Fue un destello repentino. Producido por su nueva manera de sonreírme. ¿Por qué me resultaba tan familiar aquel hombre? Qué complicado, y a la vez qué sencillo, puede ser un mismo gesto. Hay abrazos que son la vida y otros que parecen llaves de judo. Exactamente lo mismo pasa con una sonrisa.

- ¿Me permite por favor su carnet de identidad?

- Sí... claro... aquí lo tiene - con mano temblorosa saqué la cartera del bolsillo; por suerte la llevaba encima cuando había desembarcado del kayak.

- Muchas gracias.

Le observé mientras él tecleaba en el ordenador, pendulando la mirada entre mi carnet y la pantalla. En su cabello, peinado con rotundidad hacia atrás, no se veía ni una sola cana, algo poco habitual en alguien de su edad (debía de rondar la cincuentena). Uno de mis

prejuicios es asociar a los hombres que se tintan el pelo con la debilidad. Pero desde luego este no era el caso... más bien todo lo contrario. ¿Dónde le había visto yo antes? ¿Por qué me sonaba tanto su rostro, su gestualidad?

- Disculpe la demora, la conexión a internet en esta zona no es muy buena, y como ahora todo depende de ella...

- No... no pasa nada. ¿Podría hacerle... una pregunta?

- Sí, por supuesto.

Se desentiende del ordenador y centra su atención en mí. Traje negro, camisa blanca, corbata oscura. Todo impecable.

- ¿Dónde estamos?

- ¿A qué se refiere?

- En qué lugar... población...

Esa sonrisa.

- En Denia, por supuesto.

Ni un gesto de extrañeza ante mi absurda pregunta. Tan solo esa sonrisa, ahí, estancada en su cara.

- Gra... gracias.

Vuelve a teclear, mientras yo me devano los sesos intentando averiguar por qué me resulta tan familiar su corrección rocosa. Esa sobriedad calcárea.

- ¿Cuántas noches pasará con nosotros?

- Pues... no lo sé...

- Sería necesario que nos indicase su estancia mínima para que podamos hacer una previsión de...

Hablaba mientras observaba la pantalla. Y de repente se interrumpió, concentrando toda su energía en lo que fuese que estaba leyendo. Como si en el ordenador le hubiera saltado una alerta de asesino en busca y captura.

- No hay problema. El sistema me permite catalogar su estancia como indefinida.

¿Sería todo imaginación mía? ¿Mi ataque de ansiedad y la marihuana me hacían ver gestos que no existían y tener *déjà vu* con personas que nunca había visto antes? Mi mente acababa de ver a Iker levitando dentro de una cueva, no podía fiarme de ella.

- ¿Le incluyo el desayuno?

- Sí... por favor.

- Lo servimos en el salón que hay subiendo esas escaleritas, de siete y media a diez y media - señaló con el dedo una dirección, pero yo tan

solo podía estar atenta a la integridad con la que pronunciaba cada palabra -. Necesitaría una tarjeta de crédito para hacer la retención. Es política de la casa.

- Sí... sí, por supuesto. Aquí tiene.

Movimientos precisos, economizados al máximo. Sus ojos parecían haber conseguido lo que nadie ha conseguido jamás. Escapar del tiempo. Era la suya una mirada de otra época. No una mirada que viniese de atrás, no era exactamente eso. Sus ojos parecían habitar el presente, pero un presente de no se sabía cuándo.

- Aquí tiene - me tendió el carnet de identidad, mi tarjeta de crédito y una llave -. Si me hace el favor de firmar aquí... Muchas gracias.

De repente empieza a sonar una melodía. Muy tenue, de fondo, tan solo para acompañar. Muy elegante. Seguramente el hilo musical se ha interrumpido por culpa de los problemas con internet y ahora vuelve a conectarse. Pero el tema que suena... no es posible... de entre los millones de canciones que existen, el azar ha querido que sea esta. Justo en pleno ataque de ansiedad.

“No puede ser... esto no es posible”.

Llevo tres meses sin escuchar una melodía y mi reencuentro con la música ha tenido que ser con *Midnight, the stars and you*, en la versión de la orquesta de Ray Noble. Como vocalista, el gran guitarrista de jazz Al Bowlly. La he escuchado mil veces.

- Por... por favor...

Empiezo a hiperventilar. Siento tantos nervios que hasta mis nervios sienten nervios. Respiro hondo. Intento tranquilizarme. Cálmate, todo marcha bien. Sobre todo lo malo.

- Por... por favor, podría... - con ese tema mi marido y su banda cerraban todas las actuaciones; él cantando, mientras me miraba a los ojos desde arriba del escenario -. Podría apagar la música... por favor.

- Disculpe, ¿cómo dice?

Esa sonrisa. Y gracias a ella, y a la melodía que está sonando, ya sé de qué conozco al recepcionista: es Lloyd.

- El hilo musical... desconéctelo, por favor... se lo ruego...

Tan solo una novela de Stephen King ha sido llevada al cine por Stanley Kubrick. *El resplandor*. Director y escritor acabaron peleándose porque el primero cambió la historia, los personajes, la ambientación... Una de las desavenencias más graves fue debida a que King se negaba a que Jack Nicholson fuese el protagonista de la película alegando que en su libro John Torrance, el personaje al que

debía interpretar Nicholson, llegaba al hotel Outlook perfectamente cuerdo, y era ese siniestro edificio el que poco a poco, conforme el invierno avanza, le iba trastornando hasta conseguir que masacrara a su familia. El escritor quería que el actor elegido para el papel fuese capaz de reflejar esa evolución desde la sensatez a la locura, y argüía (con razón) que Jack Nicholson posee una mirada que desde el primer plano de la película transmite al espectador demencia fanática. Pero Kubrick impuso su criterio, primero porque el contrato de compra de derechos se lo permitía, y segundo porque sabía lo que se hacía: su John Torrance lleva el demonio dentro desde el principio. El hotel no le vuelve loco, tan solo despierta al maligno.

Mucho se ha discutido sobre cuál de las dos obras es mejor, la novela o la película. No me voy a poner de perfil con el manido argumento: cine y literatura son expresiones artísticas diferentes, por lo que es imposible comparar... Paparruchadas. Como ya dije, adoro a King, he releído y estudiado su obra en profundidad. A pesar de eso, confieso que Kubrick consigue una atmosfera inquietante y una profundidad de personajes que la novela no logra. Sin duda todo eso lo alcanza, en gran medida, gracias a su elección de actores. Lloyd, el barman que atiende a John Torrance en el gran salón de baile del hotel, mientras de fondo suena *Midnight, the stars and you*, es interpretado por el turbador Joe Turkel. Frente a él, Grady, el barman de la novela, palidece hasta casi volverse inane.

- Disculpeme, pero no la entiendo.

- ¡La música! - me altero, porque siento que si no se detiene esa melodía me detendré yo; para siempre - ¡Quiere apagar el maldito hilo musical!

Pero Lloyd mantiene la calma. Y su extraña sonrisa.

- No sé a qué se refiere, no está sonando ninguna música.

- ¿Cómo... cómo dice?

- Que no hay música.

- Pero... pero yo estoy escuchando...

- Lamento decirle que se equivoca. En nuestro hotel el dueño tiene prohibido el hilo musical y cualquier tipo de melodía de ambientación, para respetar el reposo de los huéspedes. Ni siquiera puedo tener la radio encendida aunque no haya ningún cliente en recepción.

- Pero... pero... yo...

La realidad me vence. Mi cabeza no es capaz de competir.

- ¿Se encuentra usted bien?

Me desahogaría en la sonrisa de Lloyd. Necesito vaciar todo este peso que llevo en mi alma. Pero siento que si hablo de lo que me pasa, lo que me pasa se me echará encima y atenazando mi cuello me asfixiará para luego devorarme.

- Sí... sí, estoy bien. Puedo ir ya a la habitación... me siento muy fatigada.

- Por supuesto, le acompaño. ¿Tiene el equipaje fuera, en el coche?

- No traigo equipaje... ni coche. He venido andando.

Lloyd ni se inmuta. Camina hacia la puerta de entrada. Erguido, orgulloso de servir, y a la vez senatorial. Le sigo fuera, al jardín. En cuanto salimos del palacete verde, la música cesa. Y la niebla nos envuelve.

- Por aquí, por favor. La recepción, el comedor del desayuno, el restaurante, la sauna y el salón de lectura están en el edificio del que venimos. Las habitaciones en este otro. Allí están el jardín romántico y la piscina.

Caminamos unos pocos metros hasta alcanzar una construcción anexa más reciente, pero también de estilo clásico. Tiene forma de L, y gracias a que todas las puertas dan a pasillos abiertos, puedo contar dieciséis habitaciones. Cuatro en cada palo de la L, distribuidas en planta baja y primer piso. La 218 deduzco que estará arriba en un extremo.

- Su habitación está en el ala orientada al mar.

¿Era eso bueno o malo? Imposible deducirlo por el tono de voz de Lloyd. Empezó a ascender por una escalera exterior que arrancaba del vértice de la L. Seguí sus pasos obediente. Además de la bruma, nos rodeaban las sombras. Como mi guía no me daba conversación, aproveché para contar: hacía meses que no subía por unas escaleras. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¿Por qué siento que en realidad asciendo por una escalera de Escher en llamas al final de la cual está mi vida? Y no llego, por mucho que me esfuerzo no llego, nunca llego... doce, trece... Planta superior.

- Adelante, por favor.

Horror. O se va el dosel de la cama o me voy yo.

- Me avergüenza mostrarle su habitación en semejante estado - la mirada de Lloyd provoca que me mire a mí misma; posee unos ojos recursivos -. Esto es impropio de nuestro hotel.

Le diría que se largase, que me dejase en paz con mi ansiedad, que no me siguiese haciendo sentir Jack Nicholson empuñando un hacha.

- Está bien... todo... todo es perfecto. Muy bonita la decoración.

A veces hay que comerse el sombrero. Sobre todo cuando no tienes dónde caerte muerta, y sientes que es justo eso lo que va a suceder de un momento a otro.

- Espero que descanse, buenas noches.

Y esa sonrisa. La propina, por supuesto, está fuera de lugar. Sería como regalarle una batamanta de Dora la Exploradora a Vladimir Putin. Bien calentita, para que no pase frío en el Kremlin. Justo antes de cerrar la puerta hace un gesto que no sé si es una mueca simpática o está sufriendo un ataque de Tourette. Que le jodan. Suspiro. Por fin sola otra vez... Mi corazón atruena, estoy sudando, pero al menos ya no escucho esa puta melodía. Sé que voy a ganar la batalla, pero soy una vencedora lenta.

“Cálmate... aquí no te puede pasar nada”.

La habitación es un puro revoltijo. Si su estado es un reflejo de la mente del anterior huésped, sin duda era un esquizofrénico. Pero qué más me da... una vida siempre es más llevadera si tienes una causa, un propósito, ¿cuál es el mío? En estos instantes tan solo uno.

El minibar.

Me abalanzo sobre él, abro a toda prisa las tres botellitas de whisky y las vierto en el tazón destinado a prepararte una infusión. Lo agarro por el asa y recorro mi reino, propinándole minúsculos sorbitos que tengo la esperanza consigan relajarme. Sé que el alcohol es un *false friend* que calma a corto plazo para al día siguiente despeñarte en la depresión. Pero la cuestión es llegar viva al día siguiente. Y yo en estos momentos siento tanto miedo... Me aterroriza perder mi identidad, como si la identidad fuese algo físico, una riñonera que puedes extraviar en la barra de un bar. Y es que Iker me centraba en mí. Pero él ya no está. Y yo tendría que ser capaz de ver que de eso, de perder la identidad va este juego. De dejar de ser lo que eras, cuando lo que eras era una mierda.

“¿Se puede nacer por segunda vez?! ¿Se puede marcar un umbral, una frontera diáfana, un nuevo cumpleaños que separe esas dos existencias?!”.

Estoy convencida que sí. No sé cuándo me pasará, pero sé que me pasará. Daria lo que fuese para que fuese esta noche. Daría lo que fuese, todo lo que tengo incluida mi salud, a cambio de que alguien se

llevase esta noche todos los pensamientos, todos los recuerdos que acarreo en mi cabeza.

“¿Es que nunca prescribe ese yo que fuimos ayer? ¿Cuándo uno deja de ser el que fue y puede escapar de las responsabilidades de lo que hizo?”.

No tengo respuestas, por eso bebo. Pero no sirve de nada, y la soledad sigue ahí. Para espantarla me arrojo sobre el parqué de la habitación, y entre lágrimas, rezo. Sí, por segunda vez en la misma noche, rezo. Todos tenemos fe, incluso el más ateo. Porque al menos todos tenemos fe en nuestra falta de fe. Todos somos beatos de nuestro descreimiento. Por supuesto que rezo, por la misma razón que rezaba Kierkegaard: no para influir en Dios, sino para influir en mi naturaleza.

A medianoche con las estrellas y contigo... tus ojos contenían un mensaje tierno... te entrego todo mi amor...

- ¡Sal de mi cabeza! ¡Sal de mi cabeza de una maldita vez!

Necesito desprenderme de esa melodía como sea. Por eso me desprendo de mi ropa, con afán psicótico. Y me acabo el whisky de un trago. Enciendo el televisor para que su sonido acabe con la canción que me está descuartizando viva. Y ahora sé que Dios, o Kierkegaard, existe: videos musicales, Sturgill Simpson. *The promise*. Al fin algo bueno.

- A la mierda el puto jazz...

Me contoneo desnuda, con los brazos plegados y los codos pegados al cuerpo, mirando al suelo de la habitación. Con una concentración sobrenatural. La sincronía entre la música y mi danza es tan perfecta, que no soy capaz de distinguir entre lo que estoy haciendo y yo misma. Jamás me pasó eso cuando escribía. Quizás por ello nunca escribí nada que valiese realmente la pena, ahora lo sé. Ni siquiera esto, que en cualquier caso no lo he escrito yo. Cuando acaba la canción vuelvo al minibar, abro las tres botellitas de ginebra y me las bebo de un trago. Caigo rendida en la cama, todo me da vueltas. Lo último que recuerdo es empezar a masturbarme intentando pensar en Merlín, pero poco a poco el rostro, las manos, el pene de mi amante van metamorfoseando. Y me corro con Iker. Sin poder evitarlo. Lo único contra lo que luchamos en esta vida de verdad, es contra nosotros mismos.

Desperté y mi silencio había vuelto. El dosel de la cama, por desgracia, también. Fue lo primero que vieron mis ojos al abrirse. La televisión seguía encendida, emitiendo aún videos musicales.

Me levanto para apagarla. Abro el ventanal y salgo al balconcillo de la habitación. La fábrica de días que Dios gestiona había sido generosa conmigo, a pesar de maltratar a su dueño como lo maltrato.

“¿El sol ha salido sólo para mí?”.

Sentía que sí, y que irradiaba toda su luz en mi interior. Aquel día nuevo y espléndido, poseía el contraste de todo lo que se estrena. Sus colores, sus siluetas, sus aromas, sus distancias... todo aparecía perfectamente definido, desplegado ante mí dispuesto para ser montado, como esos recortables que de niña me encantaba desempaquetar tijera en mano. Hinché los pulmones con ese aire sin usar, que me llenó de energía limpia. Frente a mí se pavoneaban copas de pinos rellenas y bulbosas como brócolis gigantes, entre las que se agazapaban los tejados de los chalets, que descendían suavemente hasta el mar. Un hombre casi anciano, de pie sobre el césped de su jardín contiguo al hotel, me observaba fijamente. Le miré con curiosidad ante su curiosidad. ¿Por qué no me quitaba los ojos de encima? Tenía aspecto de jubilado alemán, parecía inofensivo. Levanté el brazo a modo de saludo y él me imitó de inmediato.

- *Guten morgen!*

La jovialidad de su voz me iluminó: había salido al balcón como me había metido en la cama la noche anterior, completamente desnuda. Avergonzada, me escabullí dentro de la habitación. Apoyando la espalda contra el cristal del ventanal, solté una carcajada.

Sin pretenderlo, le había alegrado la mañana a un hombre que no era probable tuviese ya muchas oportunidades de ver a jóvenes desnudas. Era una bonita manera de empezar el día, regalando felicidad.

- Hola, soy la huésped de la habitación 218.

- Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? - por fortuna al otro lado del teléfono la que sonaba no era la voz de Lloyd; el recepcionista de la mañana parecía alguien mucho más alegre.

- ¿Qué hora es? Olvidé el reloj en casa y mi móvil se ha quedado sin batería - conforme pronunciaba las palabras me arrepentí de mentir, pero ya era demasiado tarde.

- Son las nueve y media de la mañana.

- ¿Aún llego a tiempo de desayunar?

- Por supuesto. Se sirve hasta las diez y media.

- Gracias.

- Gracias a usted. Y bienvenida al Palau Verd.

Me metí en el baño y miré a mi reflejo en el espejo. En las caras de los deprimidos puedes ver los trozos de pizza en el bidet, las bolsas de basura en el pasillo, las pelusas rodando por la habitación. Pero en mi cara no se veía nada de eso, mi cara resplandecía, porque no estaba deprimida. Yo sé lo que es la depresión, y mi estado de ánimo distaba mucho de semejante trastorno. Lo sucedido el día anterior había sido otra cosa: era perfectamente normal que me costase desprenderme de Iker. Cualquier mujer abandonada experimenta esa montaña rusa emocional, en un minuto puedes maldecir a tu ex, y al siguiente minuto un detalle tonto te hace recordarlo todo, y te desmoronas buscando el retorno de lo perdido. Yo, que me creía tan especial, tan diferente, resulta que soy como cualquier mujer abandonada... Pero así es el mal de amores, un péndulo que te lleva de un extremo al otro hasta que el reloj del dolor se para. Y tú acabas centrada.

- Buenos días, ¿su número de habitación, por favor?

- La 218.

El saloncito donde se servía el desayuno era encantador. Grandes ventanales con cortinas de hilo lo llenaban de luz, y tras tres meses de vida a la intemperie, el tintineo de cubiertos y vajillas me pareció una melodía sumamente acogedora, interpretada por media docena de comensales educados y discretos. Leche calentita, bollos recién hechos, mantequilla pura, mi mermelada preferida y además casera... Toda aquella banalidad era muy reconfortante, debía reconocerlo. Los romanos nos legaron los principios del derecho, pero no fueron

capaces de inventar el papel del váter y el Cola-Cao. Y sin papel del váter y sin Cola-Cao la vida es muy dura.

Tras desayunar me acerqué paseando al pequeño jardín romántico. El nombre encajaba perfectamente con el lugar, aquel era el decorado perfecto para que una pareja de adolescentes enamorados hiciera manitas. Pero no había nadie. Me entretuve observando desde sus parterres la piscina, donde sí parecía que la pasión desplegaba todos sus encantos: una joven recostada en bikini sobre una tumbona se retoca el pintalabios, se atusa el cabello, se unta loción perfumada. Todo con la coquetería de un gorrión mañanero refrescándose en un charco.

“Sin duda, espera a alguien especial. ¿Quién será? Su novio o su marido no, con una pareja ya consolidada pocas mujeres se acicalan con ese esmero para estar en la piscina. Quizá un amante, o un proyecto de amante. Es muy guapa...”.

Con cierta envidia me alejé, no quería fisgonear en amores ajenos, siempre me ha molestado que curioseasen sobre mi vida privada, por lo que intento ser consecuente. Mis pasos, de manera natural, se encaminaron hacia la costa. La ligera pendiente del camino era una especie de flautista de Hamelín que te embaucaba sin que te dieras cuenta para arrastrarte hasta el mar, que esperaba allí, al fondo, abajo. Bamboleándose insinuante.

Con la luz del día la tenebrosa senda de la noche anterior parecía otra. Llena de vida, de nitidez, de expectativas. Me sentí ridícula por haberme asustado tanto... Ya debería saber que ese que somos en la oscuridad no es el mismo que somos al despertar. La noche llena nuestros pensamientos de seres extraños, que al alba se esfuman. Me gustaría habitar una eterna mañana, que en mis días nunca saliese la luna, pero por desgracia, eso no es posible.

- Hola, minino, ven aquí, precioso...

Un gato se estiraba al sol, exhibiendo su gustito de vivir.

- ¿No quieres que te acaricie? Ven, bobo, solo quiero darte mimos...

Mientras me acucillaba para estar a su altura, y le hacía carantoñas, la imagen ante mis ojos me recordó a un cuadro de Noji Mikiko que me gusta mucho. Se titula *Fragancia de otoño*, y representa un lecho de hojas todas ellas con forma de estrella, sobre el que yace un gato que mira al espectador desconfiado. Al fondo, un árbol que aún conserva muchas de esas hojas con forma de estrella, aunque más vivas;

también otoñales, pero más rojas e intensas que las que cubren la tierra.

- Solo quiero acariciarte, no seas miedoso...

Al final tomó su decisión: se encaminó hacia el interior del bosquecillo, sin mirar atrás. El cuadro quedó huérfano. Contemplándolo alejarse, recordé la noche anterior, en ese mismo lugar, y caí en la cuenta de que la serenidad es como un gato. Solo viene a ti si la ignoras.

“Disfruta de tu soledad, amigo”.

Seguí mi paseo hacia el mar todavía con la imagen de la pintura de Noji Mikiko impresa en mi mente. Pero sin gato. No tardé en llegar al sendero que serpenteaba entre la rocalla de la costa y los chalets de primera línea. El Pegolí seguía cerrado a cal y canto, era demasiado pronto para iniciar el servicio del mediodía, incluso para los turistas del norte de Europa a los que les gusta comer temprano. Miré a mi alrededor. La línea de costa era rocosa pero amable, con entrantes y salientes que formaban calitas de cantos rodados con fácil acceso. Me planté en jarras frente al mar, sintiendo que nos observábamos mutuamente.

- Lo de anoche no se puede repetir... - para librarme de mi misma, empecé a caminar con vigor por la senda, en dirección al kayak -. Más vale que vaya pensando en montar una vida.

Como las ostras que se protegen de las impurezas cubriéndose de maravilloso nácar, yo había envuelto mi dolor con capas y capas de ensimismamiento. Encontrar mi silencio interior había sido un descubrimiento fascinante, pero nada hace más compañía que una ilusión. Por eso la peor soledad no aparece cuando no tienes a nadie a tu lado, sino cuando no tienes nada por delante. Ese había sido el origen de mi desesperación hacía escasas horas: la falta de futuro. Y para resolverlo necesitaba organizar un proyecto de vida. ¿Cuál? No tenía ni idea, pero sí sabía que debía empezar por desembarazarme de mi obsesión por mí misma. Desprenderme de toda esa pesadez melancólica que había arrastrado por media España, ya que de otro modo, mi vida social se haría imposible.

- Disculpe, ¿dónde lleva este camino?

- Si lo sigue siempre pegada al mar, acaba en La Cala - la barrendera municipal se apoyó en su escoba, agradecida de tener una excusa para descansar; aparte de ella y yo, no se veía ni un alma por ninguna parte

- No tiene pérdida, la senda muere en esa calita, más allá ya no se puede seguir, empiezan los acantilados.

Señaló con el dedo los farallones de roca que se dibujaban en la lejanía.

- ¿Se tarda mucho en llegar?

- Media hora de paseo. Pero si se va a bañar tenga en cuenta que es una cala nudista. Hay un par de perversos del pueblo que siempre están rondando por allí, pero no se preocupe, son inofensivos. El lugar es precioso, le gustará.

- Gracias por el consejo.

- No hay por qué darlas.

Retomé la marcha, intentando no mirar al mar para evitar caer en sus garras. Me fijaba en las suntuosas casonas que ribeteaban el paseo marítimo. A todas luces aquella era una zona de veraneo de gente rica, pero rica de toda la vida: casi todos los chalets eran antiguos, rodeados de jardines clásicos con el justo desaliño para transmitir una refinada decadencia.

Avui he baixat a la mar, al primer sol del matí, era el ventet cordial, entre el cel i el toll marí. Kilómetro 3.

Me resultó enternecedor que el ayuntamiento hubiese decidido señalar los puntos kilométricos de aquella senda con azulejos en los que podían leerse versos de una autora que no me resultaba familiar. Maria Ibars, sin tilde en la i del nombre, debía de ser oriunda de la zona. Eran los mojones más bonitos que había visto nunca.

Seguí andando esta vez mirando hacia el mar, reconciliada con él, quizás gracias al poema. Tras cuatro o cinco minutos de caminata giré la cabeza para toparme con el muro de un chalet diferente.

“Vaya... esto no me lo esperaba. Aquí, no”.

Acaricié con la palma de la mano la suave superficie del hormigón pulido, completamente blanco, con el que había sido levantada aquella pared. Al no haberse utilizado bloques ni ladrillos, el muro parecía hecho de una sola pieza. En un entorno tan conservador, llamaba la atención por su modernidad: cinco cuadrados perfectos, idénticos y distribuidos equidistantes a lo largo de su superficie, habían sido rotados cuarenta y cinco grados para lucir como rombos. En la jardinera de grava que perfilaba la base del paredón, brotaban con furia hojas carnosas que me recordaban al aloe vera. Pero esas plantas me traían sin cuidado...

No podía apartar la mirada de los cinco rombos.

Cada uno de sus cuatro lados medía un metro aproximadamente, estando su centro a la altura de mis ojos. Agujereaban el hormigón, pero sin atravesarlo; tan solo profundizando en él unos diez centímetros, de manera tajante, quirúrgica. Te hacían pensar qué se habría hecho de las enormes onzas de chocolate blanco y puro que tan limpiamente habían sido extraídas de la pared. El fondo de estos semi-orificios era el mismo hormigón pulido, níveo, del que estaba hecho el resto del muro. Pero la cresta de aquel paredón no era plana y recta como suele ser habitual, sino redondeada, y al observarla en perspectiva, pude comprobar que se ondulaba arriba y abajo con cierta sensualidad hasta el final de la parcela.

Me alejé todo lo que pude pegándome a la parte del paseo que lindaba con la rocalla, junto al mar, para tomar distancia y contemplar mejor aquella construcción tan original. Eso me permitió atisbar el chalet (de las dos plantas, se veía la superior, quedando la planta baja oculta tras el muro) y parte de su jardín. Era una casa muy nueva, parecía recién acabada; grande, lujosa, llamativa y a la vez discreta gracias a que sus formas se integraban, de un modo difícil de explicar, con la naturaleza que nos rodeaba. Con las olas, con el viento, con la luz. Su diseño era tan moderno y lúcido que no dejaba indiferente. El arquitecto sin duda le había jurado odio eterno a la línea recta: todo en aquel edificio era blanco y curvo. Incluso los enormes ventanales en la primera planta de lo que parecía ser el salón principal, se ondulaban, como si quisiesen siluetear la brisa marina en lugar de enfrentarse a ella para resguardar a los inquilinos de la casa.

Todo era curvo, excepto los cinco rombos excavados en el muro.

Constituían una anomalía. No debían estar ahí, pero estaban.

Sus ángulos rectos eran una agresión a la sinuosidad ondulada de la casa. Similar al recuerdo de Iker, tan afilado que agredía mi silencio interior hecho de curvas.

Quizás por eso me era imposible apartar los ojos de esos rombos.

Porque un tajo en carne propia no puedes dejar de mirarlo.

Nada se atisbaba del interior de la vivienda, el vidrio reflejaba el azul del cielo y el océano. Siendo todo tan nuevo y moderno, sorprendían las cimas de tres enormes palos de madera hincados en el jardín frontal de la parcela. Daban la impresión de ser tres viejos mástiles, desiguales, aunque provenientes de una misma embarcación: sus grosores y alturas no coincidían, pero sí su porte. Parecían unos extraños vigilantes con malas pulgas que hacían guardia en el jardín de

la mansión; tal vez para asaltarla, o tal vez para protegerla. Eso no quedaba claro.

“Qué preciosidad... me encantaría vivir en un lugar así”.

Cerré los ojos. En mi mundo los sonidos agudos siempre han sido esquinas; los graves, curvas. No sé muy bien la razón, pero siempre ha sido así. Tal vez por eso aquella casa era para mí una ballena. Pero no como el animal físico, sino como su sonido. Aquella casa esplendida, tan blanca, tan elegante, tan sinuosa, era para mí como el canto romo de una ballena, envolvente, melancólico...

Pero llevaba en su lomo clavados cinco arpones.

Esos rombos chillaban alaridos afilados.

Aquella mansión era algo que me entraba por los oídos, no por la vista. Sí, sin duda, así la sentí ese día, desde el primer instante que estuve frente a ella, cuando aún no sabía lo importante que iba a ser para mí. Cuando aún no sabía el papel esencial que esa casa jugaría en la vida futura que yo quería construir, sin saber todavía cómo.

El kayak seguía donde lo había dejado la noche anterior. Abrí su compartimento estanco y saqué la mochilita donde guardaba mis escasas pertenencias. El machete estaba junto a ella, y dudé si cogerlo o no. Nunca me han gustado las armas. Al final lo metí en la mochila y me la cargué a la espalda. La tienda iglú y el saco de dormir los dejé allí dentro. Contemplé la embarcación que tan fielmente me había servido durante los dos últimos meses. Ni una queja, ni una vía de agua, ni un motín a bordo. El ramillete de florecillas lilas seguía amarrado al extremo de su proa. Ya mustias.

- Gracias por todo...

Se me pasó por la cabeza arrastrarlo hasta la rocalla y esconderlo, tal vez en un futuro lo necesitase. Pero decidí no hacerlo. En el fondo, sabía que ya no volvería a remar en él nunca más (estaba equivocada). Si lo dejaba allí, en la orilla de esa calita a la vista de cualquiera que pasase por el paseo marítimo, a lo mejor ese mismo kayak que me había salvado a mí podía salvar a algún otro desesperado. Me apetecía construir una casualidad para alguien. Regalársela, aunque ese alguien fuese un desconocido. Como Merlín me la había regalado a mí, sin pretenderlo. Recordé una de sus frases, la que más adentro me había llegado.

- Hay veces que emprendemos viajes tan solo porque creemos que el movimiento nos librará de nosotros mismos... algo tan fantasioso como pensar que la danza nos traerá la lluvia, o que la música muy alta nos librará de nuestra conciencia... yo creo que esos son viajes esclavos.

Sonreí. Hay afirmaciones con efecto retardado. Afirmaciones que acaban siendo ciertas si les das el tiempo suficiente. El tiempo que necesitan para imponerse. Llevaba tres meses recorriendo media España, pero tenía la misma sensación que experimentas cuando te mueves con un mapa dentro de tu teléfono móvil: por mucho que te desplaces, tú siempre estás en el centro. No puedes escapar de ti. Al final Merlín había acabado teniendo razón.

Trepé de nuevo por la rocalla y proseguí mi caminata hacia La Cala, sintiéndome un poco Hernán Cortés tras quemar sus barcos para conquistar México. Tenía salud, juventud, un pasaporte de un país de la Unión Europea, el rincón más civilizado del mundo... ¿De qué me quejaba? ¿Y si estuviese viviendo el momento más feliz de mi vida sin saberlo? ¡Gimotear por mi situación era indecente! Con toda esa euforia dentro de mí atacué el último repecho de la senda, cuyo final se intuía gracias a la apabullante presencia de los acantilados. Tras doscientos metros de ascensión, el camino se cortaba en seco junto a un chaletito que quedaba a la izquierda y parecía suspendido en el vacío, sobre el mar. Un murete impedía que siguieras avanzando, pero una pequeña apertura en él daba paso a unos escalones muy empinados que bajaban precipitadamente todo lo ascendido durante el último trecho.

- Uno, dos, tres... - la brisa marina intentaba descontarme, cuchicheando en mi oído - ochenta y nueve.

En aquella calita minúscula no había nadie. Me desnudé para lanzarme contra el agua turquesa, con ganas de romper el mar. Llevaba mucha energía dentro y necesitaba sacarla de algún modo. Cuando me zambullí con los ojos cerrados, un *trencadís* muy azul se dibujó en mi mente. Nadé con furia. Al salir mis cosas estaban sobre la roca donde las había dejado. Menos mal, volver desnuda hasta el hotel no era quizás la mejor manera de estrenarme en mi nueva vida. O quizás sí, vete tú a saber: ¿y si la casualidad que yo había regalado permitiendo que me robasen el kayak, alguien me la regalaba a mí robándome la ropa? Tras secarme al sol, me vestí. Uno, dos, tres... Los escalones volvían a ser ochenta y nueve al subir. Son amigos muy fieles los escalones. A veces te los encuentras de cara, a veces te los encuentras de culo, pero son amigos muy fieles.

- Hola, buenas.

- Muy buenas, ¿en qué puedo ayudarla? - en la gestualidad del recepcionista se adivinaba una deliciosa tensión homosexual, mal resuelta.

- Anoche le dije a su compañero que no sabía cuántos días me quedaría en el hotel. He decidido estar indefinidamente. ¿Si les aviso de mi partida con dos días de antelación es suficiente?

- Por supuesto, es una agradable noticia saber que contaremos con su compañía durante más tiempo del previsto.

Aquella frase de manual, a pesar de parecer recién desenlatada, me resulto muy grata.

- Necesitaría acercarme a Denia para hacer unas compras. ¿Hay algún medio de transporte?

- El autobús tiene una parada cerca del hotel. También podemos facilitarle una bicicleta si así lo desea, en diez minutos se llega al pueblo - su amaneramiento era puro almíbar; daban ganas de hacerse amiga suya, y abrazarlo, y consolarle, y decirle que lo que le pasaba, eso que chirriaba en su interior, era maravilloso -. Aunque yo le recomiendo, si le gusta caminar, que vaya andando. El camino a Denia es una delicia...

- Sí, me encanta caminar. ¿Podría orientarme? ¿Cómo se llega al centro?

- No tiene pérdida. Baje hasta el mar y coja el paseo hacia la izquierda. Siempre recto llegará al pueblo en media horita.

- Gracias...

- No hay de qué. Estamos para servirla.

Tras una agradable caminata me topé con una pequeña ciudad llena de vida, llena de trajín humano que contagiaba salud y buenas intenciones. En la calle principal encontré todo lo que buscaba. Necesitaba urgentemente darme una ducha, quitarme el salobre del mar y ponerme una muda limpia, por lo que entré en varias tiendas de ropa y me compré tres vestidos, dos pijamas, cuatro blusas, tres vaqueros, media docena de braguitas y sujetadores, calcetines, dos suéters de entretiempo, un abrigo para cuando el frío apretase. En el mismo paseo localicé un Druni en el que compré productos de aseo, colonia fresca y maquillaje. Cargada con todas las bolsas empecé a caminar calle arriba, dudando si buscar una cabina de teléfono para llamar a Teresa. Sabía que estaría preocupada, es mi única amiga, pero a la vez me daba miedo que me contase cosas de Iker, no quería saber nada de mi vida anterior. No todavía.

Compré un par de cruasanes de chocolate en una pastelería y los devoré en el taxi camino del hotel. Me di una ducha y, tras varios meses, experimenté la maravillosa sensación de ponerte un pijama limpio. Cuando me desperté de la siesta el sol del atardecer lo pintaba todo de cobre, pero su luz aún entraba generosa por el ventanal de la habitación. Me puse uno de los vestidos nuevos y bajé al jardín romántico del hotel. No había nadie. Respiré hondo y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Necesitaba moverme, canalizar toda esa alegría que había dentro de mí. Empecé a caminar hacia el mar, teniendo claro que Milan Kundera había errado el título de su mejor novela.

La insuperable levedad del ser.

Tan solo eso, ser. Aquí y ahora. ¿Era imaginable mayor plenitud? Con todo ese optimismo en mi interior alcancé el paseo marítimo cuando ya empezaba a anochecer. Un velero de casco azul, con sus luces de posición encendidas, cruzaba frente a mí en dirección al puerto. Yo me puse a andar en el sentido opuesto, hacia La Cala, así comprobaría si a lo largo del día alguien se había llevado el kayak. Me hubiese hecho una gran ilusión no verlo allí, significaría que quizás otra persona se estaría encaminando hacia su destino subida en él, como me había pasado a mí. De no haberme tropezado con aquella embarcación, de no haberme decidido a robarla, nada de lo que iba a empezar a sucederme en los próximos minutos hubiese tenido lugar, y mi vida muy probablemente se habría acabado asfixiando en sí misma, sin oxígeno exterior que le permitiese seguir respirando. Como esas mujeres que fallecen mientras duermen junto al fuego encendido, por no haber tenido la precaución de ventilar la habitación. La muerte dulce, la llaman...

Pues eso mismo me hubiese acabado pasando a mí, al no advertir que mi silencio interior era un fuego que embelesaba, a la vez que consumía todo el oxígeno de mi vida.